

CAPÍTULO IV

CAÍDA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y LA SOMBRA DE BOVES

4.- La tragedia del año 1814.

1813 significó un año glorioso para los patriotas, siendo exitosas muchas de las maniobras llevadas a cabo por el Occidente y el Oriente, y donde ocuparon sitio de honor en la historia venezolana Bolívar y Mariño. Las acciones militares de ambos hizo acrecentar la ofensiva realista, convirtiendo a sus jefes en grandes caudillos como el caso de José Tomás Boves, Francisco Tomás Morales, Rosete, Ceballos, Yáñez, Calzada, entre otros, quienes se pasearon por toda la geografía dejando a su paso una estela de desolación, exterminando todo aquello considerado por el imperio como un peligro para sus intereses.

Sin embargo, el advenimiento del año de 1814, conocido en la historia como “Año Terrible”, marcó la agudización del enfrentamiento bélico planteado. El presbítero y coronel José Félix Blanco, lo describe así:

¡Nuevas y mayores matanzas; más crueles y abominables atrocidades; más vasto el campo de muerte que presenta Venezuela en este año por siempre fatal!. Sin exageración puede asegurarse que el cuadro de desolación y horror que nuestra sola patria ofrece en este pequeño período es, rasgo por rasgo, y autoridad por autoridad, el mismo que en el siglo bárbaro de la conquista presentó la América entera: ¡Los mismos crímenes, los mismos estragos, las mismas depredaciones; todo género de maldades, de perfidias y de crueldades; aquella misma sed de sangre, aquella misma rabia, aquel mismo furor, los mismos conquistadores, en fin, bajo distintos nombres!.
(Blanco, J. F., 1960: 172-173)

Muy acertada la descripción dada José Félix Blanco, sobre el futuro que, desgraciadamente, le deparó a la República, sumergida en un conflicto donde

los efectos de la *guerra a muerte*, por una parte, y la crueldad española, por otra, dieron como resultado un cuadro dantesco en los campos de Marte.

Antes de comenzar a describir los hechos acaecidos en este año de 1814, es importante significar la actuación de Bolívar, quien con tan sólo 30 años de edad logró compararse, e incluso, superar a los jefes militares más destacados de la historia universal.

Luego de la victoriosa jornada de Araure, y tras recibir un duro golpe en Calabozo, llegó El Libertador a Caracas donde de inmediato convocó la realización de una asamblea el 2 de enero de 1814, a las diez de la mañana. Fue este el primer acto político del *año terrible*, donde se contó con la presencia de todas las fuerzas vivas de la sociedad caraqueña, tales como el Gobernador Civil, el Director General de Rentas, El Provisor por la ausencia del Arzobispo, el Cabildo Eclesiástico, representantes de la Universidad, del Colegio de Abogados, entre otros. (Chalbaud, E., 1983: 186)

Este acto sublime, este rasgo de desprendimiento y republicanismos, fue el presagio más elocuente y persuasivo de que no podrían jamás existir tiranos usurpadores en el suelo americano; y, dígame lo que se quiera, fue la primera escuela de semejantes principios, que se ofrecía para su aprendizaje a un pueblo destituido hasta de las más simples nociones del sistema parlamentario y representativo, por un poderoso armado, que rompía las cadenas de un pueblo oprimido, y que no podía aún haber cambiado la servil índole y la adhesión de 300 años de esclavitud. Del inmortal Bolívar hemos recibido las primeras y más eficaces lecciones de un puro amor a la patria, del más generoso desprendimiento, y con él hemos seguido una escuela práctica, en que se han ido desarrollando los principios liberales de la civilización europea y norteamericana, absolutamente desconocidos por los abatidos e ignorantes siervos de España. (...) Bolívar ha sido el infatigable preceptor de cuyas lecciones recoge hoy la América entera óptimos frutos: la libertad impera y con él hemos aprendido a defenderla. (Austria, J., 1960: 139-140.)

No pudieron ser otras las palabras expresadas por la pluma de José de Austria para ilustrar el sentimiento de amor de todo un pueblo para su Libertador, quien dio apertura a la asamblea con un extraordinario discurso:

Para salvarnos de la Anarquía, y destruir los enemigos que intentaron sostener el partido de la opresión, fue que admití y conservé el poder soberano. Os he dado Leyes; os he organizado una administración de justicia y de rentas; en fin, os he dado un Gobierno. Ciudadanos: yo no soy el soberano. Vuestros representantes deben hacer vuestras Leyes; la hacienda nacional no es de quien os gobierna; todos los depositarios de vuestros intereses deben demostrarnos el uso que han hecho de ellos. Juzgad con imparcialidad si he dirigido los elementos del poder a mi propia elevación, o si he hecho el sacrificio de mi vida, de mis sentimientos, de todos mis instantes, por constituirlos en Nación; por aumentar vuestros recursos; o más bien, por crearlos. Anhele por el momento de transmitir este poder a los representantes que debéis nombrar, y espero, ciudadanos, que me eximáis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos; pues no envainaré jamás la espada, mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada. (Chalbaud, E., 1983: 186. El subrayado es nuestro)

Una vez terminado su discurso, los secretarios tomaron la palabra y leyeron sus informes, para darle paso al Gobernador, quién al hacer uso de su palabra, lleno de entusiasmo e innumerables elogios hacia Bolívar, pidió a la ilustre asamblea se le volvieran a confiar los poderes dictatoriales a éste por la excelente obra realizada.

Sin embargo, Bolívar no aceptó la elocuente oferta, como de hecho lo manifestó, tomando de nuevo la palabra y dirigiéndose a la asamblea en los siguientes términos:

Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras; he venido a traeros el imperio de las leyes; he venido con el designio de conservaros vuestros sagrados derechos. No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede convenir jamás, sino temporalmente, a la República. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su Patria. No es el árbitro de las leyes ni del Gobierno, es el defensor de su libertad. Sus glorias deben confundirse con las de la República, y su ambición debe quedar satisfecha al hacer la felicidad de su país. He defendido vigorosamente vuestros intereses en el campo del honor y os prometo los sostendré hasta el último periodo de mi vida. Vuestra dignidad, vuestra gloria, serán siempre caros a mi corazón: más el peso de la autoridad me agobia. Yo os suplico me eximáis de una carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, vuestros

magistrados, un gobierno justo, y contad con que las armas que han salvado la República, protegerán siempre la libertad y la gloria nacional de Venezuela. (Chalbaud, E., 1983: 187. El subrayado es nuestro)

Esta extraordinaria asamblea nos debe llamar la atención, pues fue cuando, por primera vez, se reconocieron los derechos del pueblo al consultársele sobre el destino de la República. En efecto, la respuesta del soberano no pudo ser otra, sino mantener los derechos dictatoriales en manos de Bolívar, mientras durase la guerra. Reconocieron con esto la necesidad de delegar la conducción suprema de la guerra y el poder político en El Libertador, con el fin de lograr enrumbar a la patria hacia una victoria segura sobre sus enemigos.

Fueron varios los insignes oradores presentes en la asamblea, dando su punto de vista hacia los asuntos tan delicado puestos en la palestra de la discusión. Entre ellos resaltaban las sabias palabras de Don Domingo Alzuru, quien según Esteban Chalbaud (1983), entre otras expresiones de su discurso, hizo una perspicaz interrogante : *¿Creeréis acaso que este acto se reduce a oír las glorias del Libertador, o a hacer éste una vana ostentación de sus méritos y hazañas?*. Así, Alzuru expuso una brillante participación al afirmar haber sido aquel un acto de verdadero reconocimiento a la soberanía de un pueblo donde, por primera vez, después de vencer sobre el ejército español, fue tomada en cuenta la participación de los hombres y mujeres libres, aunque no de los esclavos y mayorías desheredadas, para decidir sobre su destino.

Alzuru culminó su discurso resaltando sobre la necesidad de *marcar este acto como el primero de la República, como el más glorioso de nuestro Libertador, como el más útil para nosotros.* (O’Leary, D. F., 1983: 419) Finalmente, Bolívar aceptó la dictadura, no sin antes dejar constancia en acta que dicho nombramiento emanaba de la voluntad directa del pueblo, el cual

poseía una validez de carácter nacional, embistiéndose como primer Magistrado de la República y, de esta manera, inteligentemente, logró desvincularse de la autoridad del Congreso de Nueva Granada.

Fue así como El Libertador, ungido ahora como Dictador de Venezuela, título a estas alturas abominable como consecuencia de aquellos prototipos de dictadores sanguinarios de nuestra historia. Empero, a diferencia de éstos, fue el propio pueblo, representado en el ejerciendo su poder soberano quien lo elevó a tan difícil posición. Valga decir un pueblo agradecido y no un pueblo oprimido, pues Bolívar traía consigo las armas para darles libertad y no para encadenarlos de nuevo. En fin, se trató del otorgamiento de un poder dictatorial a la romana; no el propio de la autocracia moderna.

Su ingenio quedó demostrado, una vez más, con su fecunda oratoria pero, además, por su conducta y praxis, pues sus palabras llevaban consigo un profundo razonamiento de la situación en la cual se encontraba, y sobre el devenir de la República. José de Austria nos lo explica de una forma más vivencial, debido a su reconocida admiración a Bolívar, con estas palabras:

Las difíciles circunstancias en que se encontraba Venezuela, y los inmensos riesgos que corría la incipiente y noble causa de su libertad, circunscribió su procedimiento a robustecer y legitimar hasta donde posible fuese, la suprema autoridad que la guerra y una serie de triunfos pusieron en las manos del venturoso caudillo de las huestes libertadoras. Bastante fue por entonces que un guerrero tan halagado de la fortuna, con ardorosa juventud y frente laureada reconociese la soberanía del pueblo y le ofreciese en justo homenaje los trofeos de sus victorias. Sin la justicia de la causa que defendía y sin el apoyo y autoridad del pueblo a cuya rendición se consagra, el mundo había reputado a Bolívar sólo como un soldado feliz, como un aventurero ambicioso; empero, él buscó siempre el apoyo de su poder y nunca mereció tan desfavorable reputación. Desde la primera y más gloriosa de sus campañas en el año anterior, obtuvo la autorización y apoyo del Congreso granadino; apenas libertó a su patria, y situado a inmensa distancia de aquel supremo poder, y en la necesidad de momentáneas e importantes operaciones, una Asamblea popular, en aquel mismo año, le confiere el grado de Capitán General de sus ejércitos y le titula Libertador; por último, otra más respetable y numerosa Asamblea, en el presente año, ratifica aquellos título, sanciona la ilimitada autoridad que

ejercía y le proclama Dictador y Supremo Jefe de Venezuela, reservándose para mejor oportunidad y para cuando la vicisitudes de la guerra estuviesen a mayor distancia, la convocación de una representación nacional que, en calma y seguridad, sancionara la ley fundamental de su nueva asociación. (Austria, J., 1960: 151)

Culminado este histórico acto, es necesario dejar por los momentos a la política a un lado, para concentrarnos en el teatro de operaciones de las luchas armadas, pues su sombra se extendía por todos los confines de la República. Bolívar sabía que con el imperio de las leyes podía darle felicidad y libertad a su pueblo, pero para hacerlo una realidad, debía encargarse primero del enemigo, esparcido como una devastadora plaga por todo el territorio. Por ello, se hacía necesaria la pronta acción para determinar la guerra.

¡Tan cierto es, que el árbol precioso de la libertad no produce sazonados frutos sino a fuerza de riegos de sangre: y que Venezuela necesitaba aún de lecciones más crueles que las de la época de Monteverde, para saber apreciar y sostener su cara Independencia!.

Recorramos ligeramente el cuadro militar de la República en enero, y los puntos que sus tropas ocupaban, para que haya exactitud en las comparaciones. La guarnición de la provincia de Barinas bajo el teniente coronel García de Sena, contaba de 250 fusileros del batallón Vencedor de Araure bajo las órdenes de su comandante José Rodríguez y 550 caballos. La división de Occidente, al mando del general Urdaneta, se componía de los tres batallones denominados Barlovento, Valencia y Guaira, de poco más de 400 plazas cada uno, mandados por sus comandantes N. Linares, Manuel Gogorza y Domingo Mesa; y de un escuadrón de dragones muy mal montados, a órdenes de su comandante Rudesindo Canelón. La guarnición con que el coronel Juan Escalona defendía la plaza de Valencia, era de 150 hombres, entre veteranos, milicianos y paisanos. La línea de Puerto Cabello se sostenía por el más que valiente granadino Luciano D'Elhuyar con 300 infantes. La división del teniente coronel Campo Elías en Villa de Cura, estaba en mera formación; sólo tenía el descarnado cuerpo del glorioso renombre 5° de la Unión, bajo su antiguo jefe F. Yepes; el de Cazadores de nueva creación, después de la destrucción del primitivo valeroso en Araure; que lo organizaba su nato jefe Manrique; y una caballería toda colecticia: su total 3.000 hombres. En Caracas se organizaba también la brigada del coronel Leandro Palacios, compuesta su mayor parte con jóvenes delicados, hasta 500 de infantería y del escuadrón de Agricultores, que no alcanzaban a 200. Máximo de combatientes, 6.000. ¡Fuera del siempre deseado y muy rogado ejército del Oriente, que siempre se mantuvo entonces del otro lado del río Unare,

línea divisoria entre aquellas provincias y la de Caracas. (Blanco, J. F., 1960: 174-175.)

Era así como se presentaba el panorama estratégico-militar de los patriotas, con sus tropas muy disminuidas, luego de sendos y costosos combates, acaecidos a finales de 1813. Ahora, es conveniente conocer cómo se encontraban las tropas realistas y su radio de operaciones:

En cualquiera dirección que tuvieran que obrar las pequeñas columnas del Occidente, se encontraban con enemigos realistas, que si hubieran sido tan valientes como numerosos, los hubieran destruido totalmente en la continua serie de ataques que les presentaban. Carlos Blanco con sus guerrillas, se enseñoreaba en las llanuras de San Carlos; Pedro Ramos, con los suyos, se interpuso entre la villa de Araure y el pueblo de Sarare; el bárbaro Millet hostilizaba a la ciudad de San Felipe y cometía todo género de crueldades; Reyes Vargas, Inchauspe, Oberto y Torrellas²⁴, eran incansables en sus continuos choques contra Barquisimeto, Quibor y El Tocuyo; Yáñez, Calzada y Puy, con las más respetadas fuerzas, hostilizaban la provincia de Barinas. Todos estos, como los sanguinarios Boves, Morales y muchos otros guerrilleros que obraban por diferentes puntos de la República, lo hacían bajo la salvaguardia de una segura y arbitraria retirada, y con una base aún más segura y provista de un germen de discordia y de proyectiles inextinguibles situada en Coro, Maracaibo, Apure y Guayana, que abrazan una inmensa latitud del territorio. (Austria, J., 1960: 157-158.)

Este era el intrincado panorama enfrentado por Bolívar, lidiando entre la política y una República cubierta de sangre y pólvora. Inmediatamente, giró las respectivas órdenes, bajo la responsabilidad del general Urdaneta en quien recayó la pacificación del Occidente. Haciendo uso de su sagaz sentido militar venía ejecutando un plan desde el año pasado, destinado a mantener a García de Sena en Barinas, bajo la supervisión de las guarniciones de Guanare, Ospino y Araure, las cuales tenían como misión destruir a los enemigos de los alrededores, para así marchar en contra de Reyes Vargas quien se encontraba

²⁴ Según José de Austria, Torrellas luego de sus actuaciones, recapacita y pasa a las filas patriota defendiendo la causa con honor.

en Carora, y derrotarlo. Logrado esto, se podría alcanzar la esperada rendición de Coro.

En ejecución de su ambicioso plan, en las primeras de cambio, se lograron algunas victorias. Villapol destruyó las *churanerías* de los valles cercanos. El propio general Urdaneta derrotó a Reyes Vargas. Pero la situación en Barinas no era la esperada, pues los realistas resolvieron reunir sus fuerzas y marchar en contra de ella.

El ala izquierda de Yáñez se movió del Mantecal, y obró a la vez, sobre aquella capital y contra Nutrias, dirigiéndose su comandante Remigio Ramos a la primera, y el sanguinario Puy a la segunda. Noticioso el teniente coronel García de Sena de este combinado movimiento, ordenó al capitán Francisco Conde (hoy general)²⁵ situado en Nutrias desde la persecución a los derrotados de Araure en el anterior diciembre, que evacuase aquella ciudad y se le reuniese inmediatamente; cuya orden fue cumplida en la noche del 4, después de haber resistido con denuedo los vigorosos ataques de las columnas de Puy por todo el día. (Blanco, J. F., 1960: 176)

En Barinas ya se encontraban reunidas todas las fuerzas de los patriotas, pero lamentablemente fue sitiada por el enemigo el 12 de enero de 1814. A partir de esta fecha el heroísmo de un pueblo que no empeñaría su libertad se desbordó, puesto que aquella provincia fue defendida con arrojo y valentía por hombres, mujeres, jóvenes y ancianos. A los sucesos que posteriormente se darán José Félix Blanco lanza una fuerte crítica al gobernador de Barinas con estas juzgadas palabras: “sentimos tener que decirlo, a fuerza del deber de escritores imparciales; el señor García de Sena no correspondió dignamente ni las confianzas del gobierno, ni a las instrucciones del general comandante en jefe del Occidente, ni al entusiasmo en que el pueblo barinés y sus mismas tropas lo estimulaban a la defensa. Burlando las esperanzas de todos y su propia promesa, resolvió abandonar la ciudad; desoyendo la opinión de sus

²⁵ En vista que los escritos del Presbítero José Félix Blanco fueron en los años siguientes a 1830, algunos de los aquí nombrados aún se encontraban con vida.

mejores compañeros y subalternos improbaban la evacuación; y ¡lo que es más duro aún, dejando comprometidos a muerte a unos cuantos valientes empeñados en cubrir varias familias del sitio!, resolvió irrevocablemente su retirada el día 19”. (1960: 176).

El capitán José Antonio Páez, fue uno de los que obedeció contra su voluntad, pues opinó por atacar al enemigo; así fue que disgustado tomó en Las Piedras la resolución de irse a Casanare previendo los desastres de tal conducta. Se emprendió, pues, la funesta retirada del día 20, rompiendo la línea enemiga; trepó los inaccesibles callejones de Barinas hasta el pueblo de Las Piedras, en donde disolvió la corta caballería que pudo salir de aquellos precipicios; y destinando en La Puerta, jurisdicción de Trujillo, 100 fusileros a cargo del constante Conde en auxilio del Gobernador de Mérida, él se descolgó por las serranías de Trujillo a Barquisimeto, y de allí siguió al cuartel general Libertador a dar cuenta de su conducta, llevando sobre sí el justo resentimiento de los barineses. Por consecuencia de tal conducta, el comandante Remigio Ramos ocupó la capital de Barinas; y el verdugo de sus habitantes, el catalán Puy, sació en ellos su sed de venganza y de sangre sacrificando a multitud de patriotas dignos por su valor y constancia, de una muerte más útil a sus patria en el campo del honor como todos lo deseaban arriesgando la batalla. (Blanco, J. F., 1960: 176-177)

Esta apreciación sobre García de Sena ha sido compartida por Esteban Chalbaud, quien además difiere de lo escrito por José de Austria, historiador militar aquí citado, quien, por el contrario, salió a la defensa de Sena. Al respecto, Chalbaud nos dice:

La campaña de Barinas el año 14 fue desastrosa para los republicanos, gracias a García de Sena. Este es el único culpable. El, que era todo inteligencia y uno de los principales animadores de las ideas republicanas en nuestro Ejército, es casi nulo para comandar en Jefe. El historiador Austria trata de defenderlo; pero en cambio Páez en su Autobiografía lo condena en forma lapidaria. El mismo García de Sena dio un parte al General Urdaneta en donde trata de excusar su falta, pero a pesar de todo esto él contribuyó en gran parte a la caída de la Segunda República, pues su incapacidad y su inacción hicieron que Yáñez rehiciera su prestigio en aquellos llanos y reclutara nuevamente un formidable ejército. (Chalbaud, E., 1983: 207)

En vista de la complejidad del tema, el cual compromete acciones militares en momentos tan delicados, se puede notar cómo dos escritores y un testigo

presencial, como en el caso de José Antonio Páez, dieron fe de la culpabilidad de García de Sena pero, en este punto, es conveniente conocer la defensa atribuida a José de Austria para poder llegar a ciertas conclusiones.

Se estrechaba el sitio de Barinas y crecían los conflictos de sus defensores. Se aniquilaban los caballos con las frecuentes escaramuzas y en la carencia del preciso forraje para su mantenimiento. En tal estado, con bastantes dificultades y precauciones, pudo el Comandante General despachar una comisión compuesta de los ciudadanos Nicolás Pulido y Lino Celis a Barquisimeto, cerca del general Urdaneta, manifestándole su angustiada situación e implorando auxilio. También indicaba los días que podría resistir en la defensa de la ciudad. Era ya el sexto día de un sitio riguroso, y aunque las tropas, como la población y aún el bello sexo, se disputaban el entusiasmo y la resignación de combatir hasta el último extremo, convocó el comandante general García de Sena una Junta de Guerra para resolver si debía o no evacuar la ciudad; y aunque se resolvió por aquella Junta que debía evacuarse, se defendió aún hasta el día 19 por la tarde. (Austria, J., 1960: 161-162)

Ante tan peligrosa situación, se comprometía los planes de Urdaneta, pues él mismo se prestaba a combatir contra Reyes Vargas, un hombre sin escrúpulo y traidor a su patria. Al efecto, marchó en su contra con una columna de 200 infantes y una parte del escuadrón de dragones. Al llegar a Baragua, se desató un fuerte combate donde se logró abatir al enemigo; pero fue aquí donde Urdaneta recibió la nefasta noticia de lo ocurrido en Barinas.

Analizó Urdaneta la situación, decidiendo no ponerse en persecución de los derrotados, sino virar hacia su cuartel en Barquisimeto, donde hizo descansar sus tropas para disponerse de inmediato a socorrer a Barinas. No obstante, sólo pudo llegar hasta el río Portuguesa, pues Barinas se encontraba sitiada por Puy y Yáñez, quienes ahora eran más fuerte y con un sólo propósito en su mente: reabrir la marcha con planes de apoderarse del centro-occidente.

Entró el general Urdaneta a la villa de Ospino, la dejó a cargo del comandante José María Rodríguez, con las órdenes de defenderla hasta la

muerte, mientras él regresaba de nuevo a Barquisimeto desde donde le enviaría los refuerzos.

Bien pronto se presentó al frente de la villa la división española, constante de más de 1.500 hombres, e intimó Yáñez la rendición con todas las amenazas propias de tan sanguinario Jefe, cuya intimación le fue contestada con muy pocas pero enérgicas palabras: “Los defensores de la libertad no se rinden jamás a los tiranos”. Desde aquel momento se redujeron los patriotas al estado recinto de la plaza, en consecuencia del riguroso sitio aquel jefe, que no tardó en experimentar la brutal complacencia de ver ardiendo toda la población. (...) Al tercer día de aquella continua pelea, apareció por las llanuras inmediatas el comandante Manuel Gorgoza con una columna auxiliar de poco más de 300 hombres de infantería y un piquete de caballería, destinados por el general Urdaneta desde Barquisimeto. El enemigo cargó sobre ella con dos fuertes columnas de caballería que fueron rechazadas con valor y decisión; los sitiados hicieron una oportuna salida en auxilio de Gorgoza, y después de un pequeño tiroteo el día 2 de febrero, sin haber empeñado la batalla, el enemigo abandonó el campo, dejando en él, atravesado por el pecho de un balazo, al famoso Yáñez, cuya bien merecida muerte desconcertó las inauditas crueldades combinadas por aquel malvado y sus secuaces. El comandante Gorgoza entró en Ospino y los enemigos se retiraron hasta el río Morador. (...) El vecindario de Ospino se apoderó de su cadáver en el campo y lo descuartizó, colocando sus miembros en diversos puntos de sus inmediaciones. (Austria, J., 1960: 171-172)

Tal fue el final de uno de los más perversos tiranos de la Segunda República, José Yáñez, oriundo de las Islas Canarias, de profesión comerciante, pero con el pretexto de defender la causa del Rey de España, bañó con sangre de patriotas parte del territorio nacional. Tras su muerte tomó el mando otro tirano, no menos sanguinario a su predecesor, Sebastián de la Calzada, quien según testimonio del padre José Félix Blanco se inició como soldado del batallón veterano de Caracas, fue apresado por robo, convirtiéndose en otro azote para la patria. (1960: 178)



Carga de Caballería.
Obra de Arturo
Michelena, (1890)
Fundación John Boulton,
Caracas.

22

La idea de ocupar a Coro pasó de nuevo a segundo plano. Urdaneta, motivado por el triunfo de Ospino, se dio cuenta de la oportunidad propicia para reconquistar a Barinas, punto estratégico para el Occidente; pero recibió órdenes precisas de El Libertador manifestándole la necesidad de fraccionar sus tropas para controlar a Ceballos, quien lo amenazaba desde Carora y a Sebastián de la Calzada desde Guanare.

Esta difícil situación puso al general Urdaneta entre la espada y la pared, pues para defender al Occidente sólo contaba con 650 infantes y algunas pequeñas tropas disgregadas en el teatro de operaciones. El enemigo conocía la menguada situación enfrentada por Urdaneta, y trataron de acorralarlo reuniendo los ejércitos de Ceballos y de Calzada, el primero tomó el rumbo hacia Quibor y el segundo hacia San Carlos.

El prócer marabino, al enterarse de estos movimientos realistas, ordenó al Comandante Domingo Meza marchar sobre Quibor; Ceballos entiende de inmediato que Barquisimeto quedaba en una situación comprometida y decidió atacarla sorpresivamente; Meza al saber del error táctico cometido, no se regresa, sino se dirigió hacia Trujillo.

Sin embargo, a pesar de haber dado la pelea y asombrarnos de nuevo con su arrojo en el campo de batalla, no pudo Urdaneta detener la embestida de Ceballos, pues la diferencia numérica de las fuerzas era abrumadora. El enemigo contaba con más de mil hombres y Urdaneta tan sólo tenía ciento treinta infantes y algunos Dragones.²⁶ Logró escapar milagrosamente en dirección a Valencia y, al llegar allí con sus hombres, extenuados del cansancio y hambrientos, mandó avisar al General en Jefe la crítica situación enfrentada y la fatal pérdida del occidente.

Grande ha debido ser la alegría experimentada por el Libertador, en medio de sus preocupaciones, al recibir noticias de Urdaneta y saber que ya se encontraba en Valencia. Sin pérdida de tiempo Bolívar ordena a Urdaneta: “Defender a Valencia hasta morir” y aconseja enviar 250 hombres a D’Elhuyar que aún comandaba la línea de Puerto Cabello.

Obedece ambas órdenes Urdaneta y la defensa de Valencia es, sin duda alguna, el pedestal de su gloria y lo consagra en la Segunda República como uno de sus más meritorios generales.

¿Qué movió a Bolívar a dar estas órdenes drásticas por las cuales se perdió todo el Occidente?

Recordemos que pocos días después de Araure, Boves destruye a Aldao y se apodera de Calabozo.

Desgraciadamente, el Libertador no dio gran importancia a esta acción y en vez de mandar sobre Boves su victorioso ejército de Araure, pierde mucho tiempo, quizás confiado en que Mariño realizaría esto, y que permitía el contacto con la Nueva Granada.

Los acontecimientos probaron que tal proceder fue un gran error del Libertador que costó la pérdida total de la Segunda República.

Es incuestionable que Bolívar no midió el alcance que tenía las virtudes guerreras de Boves. Al ser vencido en Mosquiteros, no se le persiguió y destruyó como era debido y luego vemos que apenas tres días después de la Batalla de Araure, Boves destruye a Aldao y se apodera de Calabozo, dedicándose allí tranquilamente a organizar sus huestes, sin ser molestado, logrando así reorganizar una fuerza montante a 7.000 hombres, admirablemente bien montados en su mayoría. Con este contingente se encamina hacia el centro y el 3 de febrero es cuando viene a encontrarse con Campo Elías en La Puerta. De donde resulta, pues, que Bolívar no dio, al principio, gran importancia a Boves, puesto que éste tuvo casi dos meses para reorganizarse en Calabozo: desde el 8 de diciembre hasta el 3 de febrero. (Chalbaud, E., 1983: 211-212)

²⁶ *Dragón*: Soldado que combatía indiferentemente a pie o a caballo. (Borreguero B., Cristina, 2000: 117)

En medio de las contradicciones planteadas en el seno de la turbulenta sociedad venezolana, la participación del asturiano José Tomás Boves, fue decisiva en la caída de la Segunda República, quien desde el Llano irrumpió con la sólo idea de disolver la República, contando con el apoyo de importantes masas de desposeídos, seducidos por las promesas del astuto realista.

4.1. La sombra de Boves.

Boves nació en España, en la ciudad de Oviedo, en 1782, es decir, un año antes que Simón Bolívar. A muy temprana edad adelantó estudios navales en el Real Instituto Asturiano, y en calidad de piloto pasó a América, específicamente, a Puerto Cabello. Se dedicó al productivo negocio del contrabando en Puerto Cabello y Curazao. Sin embargo, no pudo perseverar en estas actividades, pues sorprendido en ellas por las autoridades españolas, se le condenó a ocho años de presidio. De tal castigo sólo pudo librarse, en parte, gracias a la intervención de unos poderosos e influyentes amigos suyos, de apellido Joves, quienes obtuvieron de las autoridades el cambio de la sentencia de presidio por la de confinamiento en los llanos de Calabozo. (Liévano, I., 2001: 121)

Cuando en 1810 estalló el movimiento revolucionario en Caracas, Boves, convicto en Calabozo, comprendió claramente que la causa republicana estaba perdida si no se modificaba radicalmente la actitud vacilante del Gobierno republicano, y al llegar a Calabozo, después de un corto viaje hasta San Carlos, así lo manifestó a todos, sin disimular los peligros que corría la nación y los errores de sus mandatarios. Esta actitud, desfavorable indudablemente a la causa patriótica, fue interpretada por los gobernantes de la provincia y por los

enviados del Gobierno central como contraria a la seguridad pública, y fundándose en el origen español de Boves le acusaron de traidor y alarmista y le hicieron reducir a prisión.

Entre los muros de la cárcel de Calabozo, el alma de Boves se envenenó de odio contra los republicanos, y en el terrible silencio de los días que pasó en ella, este hombre fiero, ayer condenado por los españoles y hoy por los patriotas, se convirtió en un desesperado silencioso y cruel, cuyos sombríos rencores sólo se saciarían con terribles espectáculos de sangre y de muerte. (...) Después de la toma de San Carlos, Monteverde destacó a Antoñanzas con la misión de apoderarse de los llanos, y éste, tras rápidos triunfos, llegó a Calabozo, venció a la pequeña guarnición, abrió las cárceles y llamó a todos los convictos a sus fuerzas, contando con el odio de los mismos por las autoridades republicanas, responsables de su prisión. De esta manera, Boves se incorporó a los ejércitos españoles y entró en la guerra americana, sintiendo en medio de las batallas, cuando peleaba en la primera fila de las tropas del cruel Antoñanzas, un placer salvaje al ver caer moribundos, ante el empuje de su caballo y de su lanza, a los hijos de la primera República de Venezuela. (Liévano, I., 2000: 122)

Comprendiendo el caudillo asturiano que en los Llanos no habían logrado encontrar arraigo los patriotas, porque la independencia y la República, según su arenga, nada significaban para la inmensa población de mestizos y aborígenes, esclavos y pardos, se propuso estimular sin escrúpulos el *odio de razas y de clases*, para sublevar a las *gentes de color* contra los blancos “mantuanos”, reales dirigentes el movimiento emancipador. *¡Guerra a los blancos explotadores del “pardo” y del indio!*, fue su grito de guerra, el cual resonó en el Llano como una invitación al alzamiento general. *¡Las tierras de los blancos para los “pardos”!*, fue la promesa para hacer efervecer el entusiasmo de aquellas gentes, porque tales pedimentos estaba más cercana de sus corazones que los derechos individuales y las constituciones federales ofrecidas por los *filósofos* de la República. (Liévano, I., 2000: 123)

De esa manera, a reacción monárquica se convirtió, en los Llano venezolanos, en una lucha a muerte no en favor de España, sino contra el blanco criollo y sus propiedades. Fernando VII y la religión católica, hasta el

momento, junto a las banderas realistas, pasaron a un segundo plano para ser sustituidos por una cruenta lucha de *razas*, la cual emergía a la superficie, en forma de una atroz carnicería humana difícil de imaginar, producto de profundas contradicciones de clase, de siglos de las clases oprimidas y opresoras, cuya máxima expresión la encontramos en Boves, quien como una trágica sombra se precipitó sobre la República con promesas demagógicas cargadas de odio.

Desarrollando actividad prodigiosa, Boves recorría las aldeas vecinas, formaba batallones, decretaba la libertad de los esclavos y, por primera vez, América daba a las gentes de color altos cargos en la oficialidad. Y con el fin de estimular conveniente emulación entre sus tropas, bautizaba los diversos batallones con el nombre de las aldeas o villas a que pertenecían sus gentes, para servirse del regionalismo característico de las poblaciones venezolanas. De esta manera pudo un día, en las proximidades de Angostura, pasar revista a cuatro mil jinetes; montado en Antínoo, su soberbio caballo negro, el mayor amor de este personaje semibárbaro, arengó a aquellas hordas, que él mismo llamó “la legión infernal”, y les entregó una extraña bandera negra, “pendón de la muerte” según su gráfica expresión. (Liévano, I. 2001: p.121-123.)

El encuentro de un Boves, mejor proveído de fuerzas, con las tropas patriotas estaba por desencadenarse. En este momento crucial, sintieron los soldados del ejército libertador, las duras cargas de plomo y lanzas unidas al más temible odio, por parte de los extranjeros, así como de sus propios paisanos quienes seguían a Boves. Así, pues, entró con una tropa de siete mil llaneros a La Puerta el 3 de febrero de 1814, donde lo esperaba el Coronel Campo Elías.

A las 8 de la mañana empieza la lid entre aquellos dos adversarios. Una hora resiste Campo Elías las embestidas de Boves, pero la fama de éste y su superioridad numérica, tienen desmoralizadas las tropas patriotas. El “5 de la Unión” fue el primero de los batallones en titubear y tratar de retroceder por lo cual acudió Campo Elías a proteger su ala derecha confiada a este Batallón. Pero todo fue inútil; una maniobra envolvente comandada por Boves en persona, cundió de pánico y también su ala izquierda flaquea y el espanto se generalizaba en las filas patriotas, no pudieron el bravo Campo Elías ni el valeroso Francisco Yepes, que

comandaba el “5 de la Unión”, contener el desastre. Atento a todo, Campo Elías envía un Batallón a reforzar su ala izquierda que, como dijimos, también flaquea al apercibirse el movimiento envolvente de Boves, pero esta unidad en vez de cumplir la orden huye en desorden hacia Villa de Cura. Todo esfuerzo era ya en vano; las hordas de Boves trepan el cerro y dominan completamente las posiciones de los patriotas, quienes se llenan de terror y huyen cobardemente sin oír las imprecaciones de Campo Elías, quien fue el último en abandonar el campo de batalla. En desordenada derrota pasa por Villa de Cura y va a detenerse en la Cabrera, la cual fortifica Aldao y ambos esperan allí las órdenes de Bolívar. (Chalbaud, E., 1983: 214-215)

Aunque nos parezca paradójico la batalla de La Puerta, en realidad, fue la puerta de entrada de los realistas para obtener la victoria sobre los patriotas, podemos considerar, con esta victoria, Boves causó una herida mortal a la Segunda República. Avanzó el tirano rumbo a Villa de Cura y, en vista de resultar herido en la pasada contienda, dejó el mando a su segundo, Francisco Tomás Morales, para continuar con su plan de marchar hacia La Victoria.

Bolívar, quien apenas unos días antes le escribía al Presidente del Supremo Congreso de la Nueva Granada, agradeciendo el honor de este congreso por haberle nombrarlo Mariscal de Campo de la Unión. Ante tal merecimiento, les expresó palabras con el más afectuoso sentimiento de honestidad y humildad:

Sin duda estos títulos inmortales deben recompensar a los bienhechores de su patria. Ahí están las cenizas de Girardot preservadas del olvido. El héroe que pereció al principio de su carrera ilustre, dejó de existir tan temprano entre nosotros, para conseguir una vida más duradera en la posteridad. Ahí están, Excmo. Señor, el General de División José Félix Ribas, el General de Brigada Rafael Urdaneta, el Comandante D’Eluyar, el Comandante Elías, el Capitán Planes, todo ese ejército de granadinos y venezolanos, que derramando su sangre por romper las cadenas de la opresión, han hecho sus virtudes eternas en las memorias de la independencia americana. A ellos solamente debe tributarse la gloria que V.E. quiere cubrirme. (O’Leary, D. F., 1981: 429)

Empero, estos honores se disipan de inmediato en la mente de El Libertador, cuando recibió la triste noticia de lo ocurrido en La Puerta. Desde el

sitio de Puerto Cabello, donde se hallaba en ese momento, con la rapidez del pensamiento del más sagaz estadista, ordenó al teniente coronel Manuel Aldao fortificar la Cabrera junto a las golpeadas tropas de Campo Elías, con las órdenes de contener al enemigo y defenderla a toda costa, mientras se reagrupaban las fuerzas republicanas. Por otro lado, ordenó al teniente coronel Mariano Montilla se abriera camino entre las líneas enemigas para llevarle las ordenes al general Ribas, quien había salido de Caracas ocupando La Victoria con una fuerza de mil hombres bien dispuestos, mientras él marchaba hacia Valencia, pero no sin antes dejar a Puerto Cabello bajo la custodia del valiente D'Elhuyar.

Ribas se dirigió a La Victoria y con él iban reclutas en son mayoría estudiantes de la universidad y del seminario. Además, lo acompañaban tropas del batallón “La Guaira”, comandado por Ramón Ayala, quien había desfilado por Caracas tras las ordenes de Miranda en 1812, llevando consigo, asimismo, cinco piezas de artillería de pequeño calibre.

Dicta Morales una acertada disposición: que en su avance hacia la Victoria una columna vaya por el camino que conduce a San Mateo o La Victoria; y la otra, por el camino que de Villa de Cura pasa por Sureta y penetra en La Victoria. De tal manera que el día 12 de febrero, en la madrugada, el General Ribas se ve atacado en dos puntos distintos de la ciudad con fuerzas superiores a las suyas. Contaba Ribas solamente con mil hombres de infantería, algunos de Caballería y cinco piezas de artillería de pequeños calibre. Avanzaba Morales con tres mil infantes.(...) Tres veces es derribado Ribas de su caballo y el día se va agotando, pues son ya las tres de la tarde; más de ocho horas se ha peleado sin descanso; los realistas han perforado las paredes de las casas y la situación se hace desesperada para los patriotas, pero el dios de los Ejércitos que vela sobre aquellos valientes y el sol de Niquitao, de los Horcones y de Vigirima vuelve a iluminar los amplios horizontes de la Patria. (Chalbaud, E., 1983: 216-218)

Sin esperarlo, Ribas vio en el horizonte una nube de polvo en avanzada y comprendió era el refuerzo de El Libertador, pues no ignoraba que éste se encontraba en Valencia al corriente de su difícil situación, y conoce igualmente

que Campo Elías era el Jefe patriota más cercano a su campamento, quien complacido vendría a tomar su revancha del fracaso de La Puerta. Al instante, se acordó de Rivas Dávila, capaz de todos los heroísmos y ordenó a éste atacar con sus *Soberbios Dragones*. Lamentablemente, Rivas Dávila pereció por una bala, atravesando su cuerpo, pero segando, al mismo tiempo, la juventud, el valor y la virtud; y aquel a quién se debió la existencia de las armas de la República en Barquisimeto, aquél quien decidió con una formidable carga la acción de Araure:

aquel que asombró con su valor en Bárbula, ya no existía y sus últimas palabras fueron: "Viva la República". (...) Los Realistas, a la vista de aquel contingente que desde San Mateo va avanzar hacia ellos, los alertan deseosos de saber quién es el autor de tanta osadía. Espantados quedan al escuchar de labios de aquellos valientes esta frase que heló la sangre en sus venas: "El Vencedor de Mosquiteros".

Reforzado Ribas con 200 valientes y con el terror que el nombre de Campo Elías infundía en las filas realistas, da una carga general ante la cual tiene que ceder el campo el impetuoso Morales. (Chalbaud, E., 1983: 218-219)

Tal día de victoria para los republicanos, se opacó al apagarse la luz del intrépido y aguerrido Coronel Luis María Ribas Dávila²⁷, nativo de Mérida, quien jamás dudó al llamado de la Patria, cuando ingresó a la filas libertarias del general Bolívar en su ciudad natal en 1813, ocupando un espacio en la extensa lista de héroes anónimos y célebres, ricos y pobres, libres y esclavos caídos en batallas, pero colocándose en los más altos sitios de honor de la justa guerra.

Junto a ellos, vale la pena reconocerlo, fue el valor desbordante demostrado por aquellos jóvenes quienes cambiaron los libros, las biblias y las plumas por armas para defender la Soberanía Nacional, Por ello, aquel glorioso

²⁷ Luis María Rivas Dávila nació en Mérida el 19 de agosto de 1778 y muere en la Victoria, Estado Aragua el 12 de febrero de 1814. En Grado de Coronel comandó el Escuadrón "Dragones de Caracas" y por su triunfo en la batalla de Araure le fue concedida la Cruz de Los Libertadores de Venezuela. (Márquez, A. 2002: 18)

día del 12 de febrero ha quedado registrado por la posteridad como el Día de la Juventud en Venezuela.

Ante esta extraordinaria hazaña, El Libertador lanzó una proclama el 13 de febrero de 1814, desde el Cuartel General de Valencia de la cual extraemos lo siguiente:

Soldados!

Vosotros, en quienes el amor a la patria es superior a todos los sentimientos, habéis ganado ayer la palma del triunfo, elevando al último grado de gloria a esta patria privilegiada que ha podido inspirar el heroísmo en vuestras almas impertérritas. Vuestros nombres no irán nunca a perderse en el olvido. Contemplad la gloria que acabáis de adquirir, vosotros, cuya espada terrible ha inundado el campo de la victoria con la sangre de esos feroces bandidos: sois el instrumento de la Providencia para vengar la virtud sobre la tierra, dar la libertad a vuestros hermanos y anonadar con ignominia esas numerosas tropas, acaudilladas por el más perversos tiranos (...)

El General Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada, el héroe de Niquitao y los Horcones, será desde hoy titulado EL VENCEDOR DE LOS TIRANOS EN LA VICTORIA.

Los que no pueden recoger de sus compatriotas y del mundo, la gratitud y la admiración que les deben, el bravo Coronel Rivas Dávila, Rom y Picón, serán conservados en los anales de la gloria. Con su sangre compraron el triunfo más brillante: la posteridad recordará sus nobles cenizas. Son más dichosos en vivir en el corazón de sus ciudadanos, que vosotros en medio de ellos. (O'Leary, D. F., 1981: 433-434)

Tal sentimiento de gratitud siempre lo mantuvo El Libertador con sus subalternos, en especial, aquellos plantados en la tierra de los suplicios de la guerra. De allí podemos entender como rápidamente se ganaba la simpatía entre sus tropas, requisito innegable para un verdadero líder. También como muestra de su agradecimiento a estos hombres, Bolívar resolvió días después de esta hazaña, el 23 de marzo de 1814, otorgarle el rango de General en jefe de los ejércitos nacionales a José Félix Ribas. (O'Leary, D. F., 1981: 455-456)

A partir de ahora los acontecimientos se precipitaron unos tras otro, sin dar tregua ni descanso. El Libertador debió disponer de casi las 24 horas²⁸ del día para estudiar la situación y dar las respectivas órdenes a su ejército sin equivocación alguna. Con razón, el poder absoluto de la nación descansaba sobre sus manos tal cual como el pueblo soberano se lo había encomendado.

El general Ribas tampoco tuvo descanso luego de consecutivas victorias, y salió en persecución de las huestes de Boves en dirección a Ocumare donde luego de pasar grandes obstáculos impuestos por la geografía de la región, atacó el 20 de febrero a Rosete, no menos peligroso ni despiadado que sus compañeros de armas. Según José de Austria:

En el pueblo de Ocumare, encontraron los patriotas más de trescientos cadáveres insepultos en las calles, la mayor parte de niños y mujeres. Los Republicanos contemplaron tan horroroso cuadro con profundo dolor, y el general Ribas escribió al Gobernador: “Los horrores que he presenciado en este pueblo me hacen a un tiempo estremecer, y jurar un odio implacable a los españoles (...) Ofrezco no perdonar medio alguno de exterminarlos”. Así fue que al siguiente día mando fusilar en el mismo pueblo muchos prisioneros, cómplices de aquellos crímenes.

El general Ribas se apoderó, entre otras cosas, del equipaje de Rosete, en el cual halló su correspondencia con los otros jefes realistas. Por ella se obtuvo el pleno conocimiento de sus planes y del concierto que con aquel movimiento, el de Boves y Yáñez, tenía la revolución ya descubierta de los prisioneros de La Guaira y de Caracas. Igualmente se encontró un hierro figurando un a P, con que Rosete se proponía marcar en la frente a los patriotas y a sus hijos. (1960: 183-184)

Ese mismo día, marcado como trágico para los realistas, el capitán Mateo Salcedo perteneciente a los Dragones desintegró una fuerte columna enemiga que traía las intenciones de atacar a Valencia.

La patria se encontraba encendida por todos sus costados. La guerra cada día se volvía más cruenta y la crueldad de los tiranos se acrecentaba cada vez más a su paso por los pueblos. La pérdida de los mejores oficiales y soldados

²⁸ Florencio O’Leary afirma que de las veinticuatro horas sólo dormía cinco o seis, teniendo un sueño ligero y un rápido despertar. Otros como Restrepo afirman que cuando Bolívar tenía que emprender algún viaje o no se encontraba en el campo le gustaba acostarse a dormir a las nueve de la noche. (Guevara, A. 1948: 64,65)

patriotas, así como la falta de alimentos se hacía inminente en el diario de las acciones. Por ello, el tema de los prisioneros reclusos en La Guaira y Caracas preocupaba a Bolívar, pues se hacía imposible retenerlos por más tiempo. Incluso, se necesitaban guarniciones enteras para su custodia y la logística para la manutención requerida para las tropas en combate.

Bolívar, sin duda alguna, no deseaba atravesar de nuevo por aquella situación tan precaria cuando era comandante de la plaza de Puerto Cabello. En efecto, recibió unas inquietantes cartas de parte de los oficiales Leandro Palacios y Juan Bautista Arismendi ambos gobernadores militares; el primero de La Guaira y el segundo de Caracas, donde exponían claramente la angustiada situación en la cual se encontraban, pues poseían pocos efectivos para asegurar sus respectivas Plazas y el número de prisioneros cada día iba en aumento.

El Libertador debió pasar por un momento difícil, pero con serenidad, energía y responsabilidad a sabiendas de los problemas morales acarreados decidió dar las siguientes órdenes:

Al General Juan Bautista Arismendi:

“Ordeno a usted que inmediatamente se pase por las armas a todos los españoles detenidos en las bóvedas, con excepción de los que tengan carta de nacionalidad”.

Al Coronel Leandro Palacios:

“Por oficio de usted del 4 del actual, que acabo de recibir, me impongo a las circunstancias en que se encuentra esa Plaza con poca guarnición y un crecido número de presos. En su consecuencia, ordeno a usted que inmediatamente se pase por las armas todos los españoles presos en las bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna”.

Estas son, a nuestro entender, las ordenes más drásticas dictadas por Bolívar durante la Segunda República; y quisiéramos que todo joven oficial al leer esta humilde opinión, tratara de comprender el por qué de esta, al parecer, salvaje resolución.

¿Qué obliga a Bolívar a dictar estas órdenes?

Ningún lucre personal; ninguna ambición de gloria. Sólo lo obligan a dictar estas órdenes, dos causas:

El triunfo de la Revolución y la salvación de la República. Probado está que esos prisioneros tenían connivencia con los enemigos de la nacionalidad que por entonces estaban triunfantes casi en toda Venezuela.

Por el triunfo de la Revolución y por la salvación de la República, toda crueldad era santa y toda injusticia perdonable. (Chalbaud, E., 1983: 225-226)

De acuerdo a la opinión de Esteban Chalbaud, por la salud de la República, fue conveniente ejecutar esta orden, aunque sus detractores lo señalaron de *bárbaro y salvaje*, sin considerar sobre las atrocidades cometidas a lo largo de la patria, por parte de los realistas. Por ello, el Secretario de Estado Don Antonio Muñoz Tébar por orden de Bolívar, lanzó al mundo un manifiesto el 24 de febrero de 1814, donde explicó la situación en la cual se encontraba Venezuela y con respecto a lo sucedido, refirió lo siguiente:

Las fuerzas que se distraían en la custodia de éstos, han podido con seguridad salir al campo a batir al enemigo.

Mucho tiempo habló en vano por ellos la generosidad: mucho tiempo el Gobierno se hizo sordo a las voces del pueblo: se preparaba aún a deportarlos para hacerles gozar en otras regiones la libertad. Una serie continuada de atentados se había disimulado por nuestra parte: proposiciones de canje se hicieron para salvarlos. Hemos tenido que arrepentirnos de tanta indulgencia: los que nos debían la vida han urgido contra la nuestra. Nuevos crímenes, nuevas perfidias han producido en los días de la libertad alrededor y en medio de nosotros, males más grandes que los anteriores.

Los prisioneros españoles han sido pasados por las armas, cuando su impunidad esforzaba el encono de sus compañeros; cuando sus conspiraciones en el centro mismo de los calabozos, apenas desbaratadas, cuando resucitadas, nos han impuesto la dura medida a que nos había autorizado, mucho tiempo ha, el derecho de las represalias. Para contener el torrente de las devastaciones, para estancar esa inundación de sangre humana, de que la autoridad suprema es responsable ante la Divina, ha dado un ejemplo que escarmiente a los demás, apoyados hasta ahora en que la benignidad, que había sido el escudo de aquellos, defendería a ellos mismos. (O'Leary, D. F., 1981: 451-452)

Incluso, debió El Libertador explicar de esta situación a la Iglesia Católica, tal como lo escribió en una carta dirigida al Arzobispo Narciso Coll y Prat, destacando lo siguiente:

Acabo de leer reservada de V.S. Illma. en que interpone su mediación muy poderosa para mí, por los españoles que he dispuesto se pasen por las armas. No menos que a V.S. Illma. me es doloroso este sacrificio. La salud de mi patria que lo exige tan imperiosamente podría solo obligarme a esta determinación.(...) Más vea V.S. Illma. la dura necesidad en que nos ponen nuestros enemigos. En el anterior sitio de Puerto Cabello expusieron a ser víctimas inevitables de nuestros fuegos a nuestros prisioneros. (...). Asómbrese más V.S. Illma. al saber que Boves sacrifica indistintamente hombres y mujeres. No sólo por vengar a mi patria, sino contener el torrente de sus destructores estoy obligado a la severa medida que V.S. Illma. ha sabido. (...) Nada me sería más grato que entrar en esta ocasión en las miras de V.S. Illma. y ceder a mis propios sentimientos de humanidad. Pero la salud de mi patria me impone la imperiosa ley de adoptar medidas opuestas; y crea V.S. Illma. que la piedad misma las exige; pues pequeños sacrificios ahora evitarán mayores en lo sucesivos. (Bolívar, S., s.f.: 89-90)

Pero volviendo al teatro de operaciones, Boves entonces decidió lanzarse sobre San Mateo, un valle relativamente pequeño, rodeado de montañas. Bolívar, quien se encontraba allí, no desperdició la oportunidad de enfrentar cara a cara con quien se había convertido en el azote de la patria y decidió llamar su atención para enfrentarlo.

Al efecto, El Libertador estableció las líneas de defensa al final de la calle con dirección hacia la hacienda, la cual como sabemos era de su propiedad. También se establecieron diferentes campamentos para las tropas y se colocó una línea de avanzada bajo las órdenes del coronel Villapol, junto al valiente coronel Lino de Clemente, con dos piezas de artillería y un piquete de infantería con la única premisa de defender a toda costa ese punto llamado *El Calvario*. Ordenó, además, guardar el parque e improvisar un pequeño hospital

en su casa de habitación²⁹, confiando su defensa al capitán Antonio Ricaurte. Según José de Austria las fuerzas con las cuales se contaban pasaban poco más de dos mil hombres armados con todo tipo de equipos.

Desesperado Boves de rendir el centro nuestro, como a las 2 de la tarde cargó la mayor parte de sus cazadores sobre el calvario que bastante lo molestaba; se apoderaron éstos del ángulo de casas que nos flanqueaban por la derecha, y nos herían a su satisfacción, sin ser ellos ofendidos porque no presentaban objeto; ¿puede asegurarse que cada una de 4 balas de aquel ángulo era un soldado muerto o herido, mientras el coronel Villapol pudo parapetarse! Entonces mandó el Libertador una pieza volante de a 4; y ya comenzaron a respirar con menos zozobra y peligro los sostenedores del Calvario, porque la acertada puntería del teniente Pedro Villapol, hijo del coronel, hacía desocupar por ratos aquel ominoso ángulo. Sin embargo, cerca de las 4 de la tarde, fue este considerablemente reforzado, y tan horroroso el fuego que nos hizo que a la media hora una bala terminó la vida del valiente coronel Villapol, traspasándole su pecho por la tetilla derecha³⁰: pocos minutos antes otra bala había atravesado el costado del bizarro coronel Campo Elías, comandante general de nuestra infantería, el cual rindió su alma al Creador a los 16 días. (Blanco, J. F., 1960:186-187)

Este enfrentamiento cobró días después la vida del intrépido Vicente Campo Elías, nativo de Villa de Soto (España), llamado por algunos como el hijo adoptivo de Mérida, quien al llegar a Venezuela, se dedicó a los negocios y a la política, pero al igual a sus compañeros de armas escuchó en su alma el clarín del llamado de la patria haciendo a esta tierra extraña tan suya como el suelo nativo. Sin duda alguna, su partida a la inmortalidad a tan tempranas horas de la guerra significó una pérdida fatal para la República.

Producto del enfrentamiento anterior, Boves resultó herido y como se estaba ocultando el sol ordenó levantar el sitio y acampar en las alturas del mismo. Ambos ejércitos conservaron sus posiciones durante varios días,

²⁹ Recordemos que esta era una de las casas ubicadas en la Hacienda San Mateo, propiedad del General Simón Bolívar. Toda esta zona denominada San Mateo fue una Encomienda otorgada a Simón Bolívar “El Viejo” en 1593.

³⁰ La bala que mató a Villapol atravesó primero la copa del sombrero del Coronel Blanco, que estaba sentado a su derecha sobre un cajón de pertrechos; estando aquél a mayor altura, partiendo una galleta para desayunarse en aquella hora (Blanco, J. 1960)

desarrollándose encarnecidas escaramuzas, frente a las cuales Bolívar siempre iba un paso adelante, pues sometía al enemigo en sus propias alturas con guerrillas. Boves se refugió en Villa de Cura donde curaba su herida. De inmediato, El Libertador concibió un arriesgado plan para ponerle fin a la vida de Boves. Al efecto, ordenó al comandante Manuel Cedeño formar una partida con sus mejores hombres para llegar al propio sitio donde se encontraba su enemigo y darle muerte. Sin embargo, la acción resultó tan temeraria como desastrosa, pues Boves no estaba tan desguarnecido como se pensaba y Cedeño regresó al Cuartel General derrotado y desmoralizado.

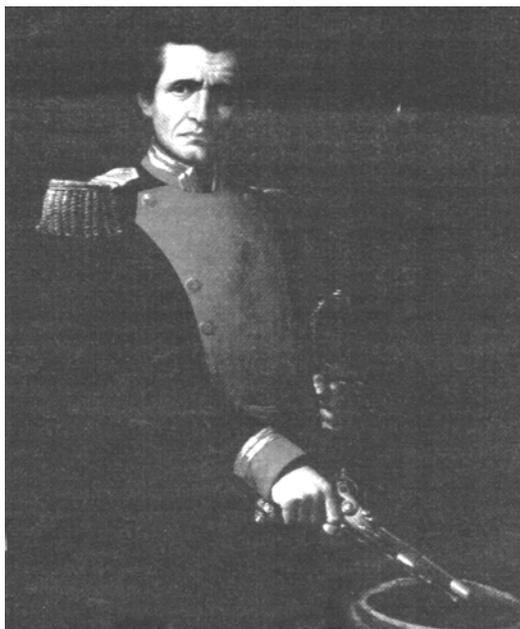
Pero también Boves ha tenido preocupaciones durante esta titánica empresa de apoderarse de San Mateo: su primer fracaso al atacar a Bolívar que le obliga a retirarse herido. Luego, para el día 20 de marzo, fecha en que ejecuta su segunda embestida contra San Mateo, él ya sabe el fracaso de Rosete en Ocumare; y además de esto también está en cuenta que todo el Ejército de Oriente avanza hacia el Centro. Pero es entonces cuando este hombre terrible se agiganta y llega a obtener el título que hasta ahora nadie ha disputado: el de ser el mejor Guerrillero que ha tenido que soportar América. Entonces, en este momento para él tan decisivo, idea un Plan netamente napoleónico, por la magnitud de sus concepciones: reúne un numeroso contingente, con el cual espera poder aniquilar a Bolívar en el menor tiempo posible; y luego, conociendo la lentitud con que se mueve Mariño, cree también llegar a tiempo y esperarlo formado ya en la batalla, en el sitio de La Puerta, para destruir a éste igualmente.

Magnífico plan que es todo un modelo de perfección en cuanto a táctica y estrategia. (Chalbaud, E., 1983: 234)

Empero, el plan de Boves estaba destinado al fracaso, no por descabellado, ni irrealizable, pues proyectó, para vencer a Bolívar en San Mateo, un movimiento envolvente de gran envergadura, el cual ejecutó a la perfección y mientras lo realizaba, Boves en persona cargó frente al centro de las posiciones de Bolívar, tratando así de distraer la atención de los patriotas, mientras que sus tropas trepaban los cerros y bajaban por todos los flancos hacia el Valle.

Fue tan perfectamente llevado a cabo este movimiento que el mismo Bolívar al verse rodeado y considerar que la casa en donde estaba el parque ya iba a caer en mano de Boves, echa pie a tierra y ordena desensillar su caballo exclama: “Aquí moriremos todos, y yo el primero”. Pero el plan de Boves fracasa gracias al heroísmo del granadino Ricaurte quien, inmolándose, salva a la República: Ricaurte ha hecho volar el parque, metiéndole fuego al polvorín. (Chalbaud, E., 1983: 235)

De esta manera, culminó uno de los episodios más importantes de la Segunda República, gracias a la temeraria acción ejecutada por el neogranadino, pues al inmolarsé no sólo salvó a los patriotas en la batalla, sino además, le dio otro respiro a la República, pues hubiese sido desastroso si el parque existente allí hubiese caído en manos de Boves.



Antonio Ricaurte

Óleo de Martín Tovar y Tovar.
(1874), Capitolio de Caracas.

23

Mientras transcurrían los sucesos en San Mateo, el general Urdaneta se encontraba literalmente encerrado en Valencia con la orden de defenderla hasta la muerte. Pero la sombra de un significativo ejército realista compuesto por

4.000 hombres, bajo el mando de Ceballos, se acercaba. No obstante, el jefe realista no se percató de la precaria situación en la cual se encontraba Urdaneta y decidió no asestarle el golpe fatal, prefiriendo seguir a San Mateo y sólo ordenó a una pequeña fuerza sitiar a Valencia. Una vez más se salvaron los patriotas, pero esta vez por la incapacidad estratégica de un comandante enemigo.

Mientras tanto, las esperadas tropas de Mariño, representaban las esperanzas de los republicanos, quienes recobraron el ánimo luego de sentirse asediados días y noches enteras bajo el fuego infernal de las tropas de Boves. El aguerrido ejército oriental, bajo las ordenes del general Santiago Mariño, entró victorioso por los Valles de Aragua, según lo describe Esteban Chalbaud en su obra *Nuestra Segunda República*. Mariño traía consigo un ejército de 4.300 hombres, el cual lo tenía organizado en cuatro divisiones. La primera, al mando del coronel Manuel Valdés con 600 Infantes, dos escuadrones de caballería que comprendían 300 hombres y una pieza de artillería. La segunda, la dirigía el coronel José Francisco Bermúdez, compuesta por 700 infantes, tres escuadrones de caballería con 450 hombres y una pieza de artillería. La tercera, era comandada por el Coronel Agustín Arrioja con 600 hombres y la cuarta división o división de reserva era dirigida por el coronel Manuel Isabe con 600 infantes, dos escuadrones de caballería con 300 hombres y dos piezas de artillería.

Además, para atender las piezas de artillería contaban con una reserva de 300 hombres, todos artilleros. A éste formidable ejército se les unió en el camino las tropas de Montilla y Palacios quienes venían de perseguir al realista Rosete luego de su derrota en Ocumare. (Chalbaud, E., 1983: 236-237)

Con este primer contacto de ambos ejércitos la camaradería se hizo presente al instante. Incluso, el propio Mariño reorganizó el ejército nombrando

al coronel Mariano Montilla como jefe del estado mayor y al coronel Leandro Palacios Jefe de la vanguardia. El 31 de marzo escogió Mariño, para su encuentro con Boves, un lugar llamado Boca Chica. Ordenó a Montilla conformar un cuerpo de reconocimiento para verificar la situación real de Boves. De inmediato, salió a cumplir la orden, conocido como un intrépido y valiente oficial en las primeras de cambio entró y atacó algunas posiciones, saliendo de inmediato en retirada, tal cual como había sido planeado. Las tropas realistas habiendo sido tomadas por sorpresa fracasaron al salir a cortarle su huída, según afirma Chalbaud:

es entonces cuando el General Mariño ordena al intrépido Coronel Bermúdez que con la División a su mando y un cañón ataque el ala izquierda del enemigo y que se apodere de las alturas que aquel ocupa; lo cual el intrépido Bermúdez ejecuta, desalojando y obligando a huir al enemigo en desorden.

Convencido Boves de que era imposible forzar la Derecha y Centro de los patriotas, carga entonces, con una audacia y temeridad locas, sobre el Ala Izquierda en donde se hallaba en persona el mismo Mariño; pero éste había previsto sus intenciones y tomado ya sus medidas, de suerte que, cuando Boves atacó fue recibido por el fuego nutrido de la infantería y la artillería que ya en posición lo esperaban. Por esta previsión de Mariño, el jefe realista tuvo que retroceder en desorden y afortunadamente para él la extenuada caballería patriota no pudo perseguirlo en su desordenada retirada.(...)

Múltiples fueron las instancias de Bermúdez, Valdez, Montilla y Palacios para que el General Mariño los dejase avanzar y destruir a Boves pero negóse el Jefe patriota y ordenó que el ejército mantuviera sus posiciones. (Chalbaud, E., 1983: 238-239)

Cabe preguntarse, ¿qué motivo al general Mariño no ir tras Boves?, con tal decisión se podría especular mucho, pero es necesario entender que Mariño era calculador y metódico, sin menospreciar su arrojo y gallardía, fácilmente pudo concebir esta idea, pero la jornada expedicionaria desde Oriente fue dura, de intenso combate sin cuartel, aunado un largo viaje a lomo de caballo y a pie firme, emprendido por sus tropas. Además, aparte del cansancio y extenuación, las municiones estaban agotándose. Sin embargo, Mariño no empeñó el destino

de su ejército o el de la República misma por una aventura. Conociendo el poder de Boves y el arrojo de sus huestes, decidió entonces ir al encuentro de Bolívar para unir sus tropas.

Tal como se había reseñado en el capítulo anterior, el esperado encuentro de los dos Libertadores al fin pudo concretarse en los primeros días del mes de Abril.

Bolívar y Mariño organizan una División de 2.800 hombres, sobre la base de las tropas orientales. Toma el mando de esta División el General Mariño y lleva como Jefes que comandaban los diferentes Cuerpos a Bermúdez, Valdez, Montilla y Ayala. Como Jefe del Estado Mayor de la División va el pundonoroso General Rafael Urdaneta; y como Jefe de la Caballería el Coronel Manuel Cedeño. (Chalbaud, E., 1983: 242)

Partió de inmediato esta División hacia el pueblo de Tinaco para encontrarse con Ceballos en San Carlos. El 16 de abril de 1814, se efectuó dicho choque en las llanuras de Arao, casi a la puesta del sol.

Ceballos ordena a la Caballería que ocupa el ala derecha de simular un ataque sobre el ala izquierda patriota, pero el General Urdaneta que está atento al movimiento del enemigo obtiene del General en Jefe permiso para personalmente auxiliar con un destacamento su ala izquierda.(...) Ceballos ordena un fuerte ataque con todas su fuerzas al ala derecha patriota,(...) defendida por Bermúdez; las tropas de éste que reciben el choque cuando menos lo esperaron huyen despavoridas debido al pánico infundido por la Caballería de Cedeño que abandonó el campo sin saberse hasta ahora el por qué.

El ala izquierda patriota se vio pronto atacada por la espalda, por la caballería de Ceballos que tuvo tiempo, después de ocupar la colina que tenía Bermúdez, de atacar por la retaguardia las posiciones defendidas por Montilla y Ayala.(...)

Faltó heroísmo y espíritu de sacrificio aquí a Cedeño, quien huyó cobardemente y por tal motivo el General en Jefe se vio envuelto en esta desordenada retirada y tuvo que abandonar el campo; pero gracias a sus anteriores posiciones, o sea que el General Mariño siempre procuraba tener a conveniente distancia del teatro de operaciones, sus reservas, pudo el General Urdaneta organizar la retirada.

También facilitó la tarea de Urdaneta la lentitud con que obraba siempre Ceballos. Con Boves, en un caso semejante, la destrucción del ejército Patriota hubiera sido total.

Cúpole aquí a Ceballos la gloria de derrotar al Libertador de Oriente, como antes lo había hecho, en Barquisimeto, con el Libertador de

Occidente; pero justo es aquí reconocer que a este último lo derrotó por muy distintas circunstancias. (Chalbaud, E., 1983: 243-244)

Mientras esto ocurría con las tropas de Mariño, Bolívar estaba analizando la forma de terminar, de una vez por todas, con el sitio de Puerto Cabello. Para ello, organizó un Ejército especial, contando con un selecto grupo de oficiales escogidos por él mismo, como los coroneles Florencio y Leandro Palacios, así como García de Sena, de quien se especulaba mucho por su actuación al frente de la plaza de Barinas, pero Bolívar tenía claro, a estas alturas, no podía ser sectario entre sus oficiales y colaboradores. Diego Jalón era otro de los escogidos para tan oportuna empresa.

Las tropas escogidas fueron los batallones Barlovento y Vencedor de Araure. Lamentablemente para los patriotas, nuevamente, la fortuna estuvo de lado de los realistas. El 19 de abril recibió El Libertador la desdichada noticia del desastre de la División al mando de Mariño, viéndose en la obligación de abortar el asalto planeado contra Puerto Cabello. Designó de nuevo al coronel D'Elhuyar, quien conocía el lugar para continuar sosteniendo el sitio. Partió de inmediato a Valencia, lugar donde se propuso organizar todas las fuerzas patriotas. Se reunió con Mariño y mandó a buscar al general Ribas a Caracas, quienes llegaron a concentrar un ejército de 5.000 hombres.

Reunidos los patriotas, Bolívar se puso a la cabeza secundado por los generales Mariño y Ribas. Como jefe de Estado Mayor designó al general Urdaneta. Hasta ahora jamás se había visto una fuerza militar comandada por tan extraordinarios jefes al frente. Pero aún con esta magnitud de liderazgo no se logró evitar la desertión de una columna de infantes orientales, casi doscientos, los cuales fueron alcanzados en su mayoría y pasados por las armas acusados por delito de desertión.

Con tan aguerrida unidad partió el ejército hacia los llanos de Carabobo el 26 de Mayo, donde se conoció se aproximaba el general Cajigal. Sirvió como escenario para esta contienda una geografía conformada de tres llanuras denominadas Carabobo, Los Taguanes y El Pao.

Las tropas estuvieron dispuestas de la siguiente manera para ejecutar la acción, conocida en la historia como la Primera Batalla de Carabobo el 28 de mayo de 1814:

El Ala derecha la ocupó la Primera División o sea la División de Bermúdez; el Ala Izquierda la ocupó la Segunda División o sea la División de Valdez; el centro le fue confiado a la Tercera División o sea la División de Palacios; la Cuarta División o sea la División de Jalón, formaría la Reserva.

El 28 de mayo, está situado en las llanuras de Carabobo con un Ejército de 6.000 hombres el mariscal de campo don Manuel de Cagigal; lo acompañaban conspicuos oficiales, entre ellos, el brigadier Ceballos, el coronel Correa, el coronel Salomón y el prestigioso caudillo que ha reemplazado a Yáñez a la cabeza del ejército realista de Barinas, don Sebastián de la Calzada. Estos fueron los principales jefes realistas al frente de los diferentes cuerpos del ejército del Rey.

Y así, ya formado en batalla el ejército patriota observó su Comandante en Jefe que su contendor, más fuerte en caballería, podría realizar un movimiento envolvente sobre las débiles alas del ejército republicano y a fin de precaverse sobre este posible movimiento ideó Bolívar una segunda línea de resistencia, la cual formó con las reservas de la primera línea y algunos cuerpos de caballería en infantería.(...)

Antes de empezar la batalla, los tres Generales en Jefe, Bolívar, Mariño y Ribas dirigen al ejército arengas para exaltar su heroísmo; Bolívar, el primero, se expresó en los siguientes términos:

“¡Soldados! Vosotros tenéis delante a los mismos jefes y a los mismos españoles de quienes habéis triunfado en más de cien combates; éste debe ser el último”.

Cagigal ordenó atacar la primera línea patriota, conforme lo había previsto Bolívar. La primera intención del realista fue flanquear el ejército

patriota. Bolívar, quien desde la segunda línea de resistencia observaba las intenciones de Cagigal, envió con Mariano Montilla órdenes a Urdaneta para abrir fuego a pie firme en toda la línea comandada por este. Al instante, Bolívar confió a Leandro Palacios la caballería de la segunda línea para hacer frente a la caballería enemiga del ala izquierda, la cual ha flanqueado la primera línea de resistencia patriota. Palacios ejecutó esta temeraria orden con un valor asombroso. A tal punto, la caballería enemiga huyó despavorida y evade a todo escape entre las dos líneas de resistencia patriota. Urdaneta, recibió órdenes de avanzar, en el mejor orden y con fuego mortífero con el fin de desorganizar a la infantería realista, la cual al ver huir su caballería despavorida cundió el pánico en todo el ejército de Cagigal y vano fueron los esfuerzos de éste y Ceballos, Calzada y otros altos jefes para detenerlos en su precipitada fuga.

Esta acción de Carabobo costó al Ejército realista la pérdida de toda su infantería, que se desorganizó por completo; toda la artillería, que pasó a manos de los patriotas, 8 banderas, gran número de municiones de guerra; 4.000 caballos; muchas monturas y frenos; gran cantidad de víveres, ganado y un rico botín. (Chalbaud, E., 1983: 249-254)

Esta victoria obtenida por el ejército patriota y maniobrada en el campo de batalla por el general Bolívar fue, no obstante, la última gran batalla librada durante la Segunda República.

Sin duda, tras sendos combates donde tropas de ambos bandos iban y venían, se hacía cada vez más necesario mantener una gran logística para su sustento. A todas éstas, quienes de alguna manera se estaban perjudicando, eran los propios pobladores pues debían cooperar con la guerra, bien sea de forma obligatoria o voluntaria. Sabemos de pueblos enteros totalmente saqueados, donde grandes haciendas, otrora productivas en granos, azúcar, cacao, ganado, entre otros rubros, se encontraban reducidas a cenizas. El Libertador, conciente de ello llevaba sobre su alma las calamidades a soportar por su gente. Sin

embargo, era el sacrificio a pagar por obtener una libertad verdadera y no ficticia donde gobernase la ignominia.



24

Arco del Triunfo.

En el inmortal Campo de Carabobo.
Para 1921 la carretera que conduce a San Carlos,
atravesaba el Arco.

OFICIALES REALISTAS



José Tomás Boves.
Según el General O'Leary, el autor
de la obra es el pintor Víctor Rodríguez.

25



Francisco Tomás Morales.
Retrato de Vicente Escobar,
La Habana, 1824.
Museo Municipal de Tenerife.

26



Pablo Morillo.
Museo Nacional de Historia,
Bogotá (Colombia)

27

4.2.- Fin de la Segunda República.

Después de la pasada jornada militar, Bolívar concibió dividir su victorioso ejército, tal como lo hizo después de la Batalla de Araure. Para ello, ordenó a Urdaneta marchar contra Cagigal y procurar recolectar todo tipo de provisiones, pues éstas escaseaban. Con las mismas órdenes dispone a Mariño marchar sobre Villa de Cura para enfrentar de nuevo a Boves. Observamos aquí cómo El Libertador, mostrando confianza a sus subalternos, decidió enviar a Mariño, quien venía derrotado de Arao, y no a Ribas cuyo sol ahora brillaba más que nunca.

El final de la Segunda República era cada vez más inminente, pues ambos generales no lograron cumplir con su cometido y retrocedieron con las manos vacías.

Dos meses después, Boves reorganizó otro ejército. Conocemos sus tácticas de reclutamiento cuyos batallones lo conformaban en su mayoría hijos de esta tierra los cuales si no los convencían con su suspicaz demagogia los pasaban por las armas. Desde luego, era fácil deducir la respuesta dada por aquellos incautos hombres. Partió entonces desde San Juan de los Morros con un extraordinario dispositivo militar bien dotado.

El general Mariño, al saber de la ubicación de Boves, fue el primero en avanzar con sus fuerzas hacia La Puerta, ocupando posiciones de enorme importancia estratégica. El 15 de junio llegó Bolívar para asumir el mando total de las acciones.

Boves ordena a Morales avanzar con su infantería la cual se despliega lo posible; y haciendo fuego denso y sin cesar, no obstante que la Artillería del Coronel Jalón le hacía un fuego mortífero. Ordena igualmente Boves a la columna de "Cazadores" abrir fuego, pero el batallón "Aragua" hace frente a aquel formidable empuje y logra repeler con sus descargas

cerradas las embestidas de aquel enemigo el cual al postre se arremolina y retrocede después de varias cargas infructuosas.

Aquí, el chispazo del Genio no fue puntualmente obedecido al ejecutar la maniobra por él premeditada: Al ver Bolívar que retrocedía la Infantería de Boves cree llegado el momento de terminar y seguro de la victoria ordena una carga por su caballería; pero ya Rivas Dávila ha muerto y aquellos que más tarde rivalizaron con él, llegando a sobrepasarlo en temeridad, en esta ocasión no cumplen las órdenes del Genio y por cobardía de Carvajal, Monagas, Cedeño y Rojas, se perdió aquella acción y con ella nuestra Segunda República.

Fácil es comprender la idea de Bolívar en aquel difícil momento. Retrocediendo como estaba la Infantería realista, lógico era que una formidable carga de Caballería patriota hubiera desmoralizado aquellos montoneros y el pánico seguramente ha podido cundir entre ellos. Pero demostró poca actividad y destreza al ejecutar la orden; la pusilanimidad de esta caballería obligó al Libertador a emplear entonces la Infantería; lo cual fue un error de Bolívar, pues, esta circunstancia facilitó la maniobra de Boves. (Chalbaud, E., 1983: 264-265)

Fue un hecho bastante lamentable lo ocurrido en La Puerta. Cabe preguntarse: ¿qué pasó con estos patriotas quienes habían demostrado su valor en tantas oportunidades?. La estrategia de Bolívar era brillante, según las condiciones del lugar, pero falló el elemento *Soldado*, pues muchos eran guerreros, pero pocos eran realmente soldados, Bolívar por desgracia, no contaba con un Girardot, un Ricaurte, un Campo Elías, un Villapol o un Ribas Dávila, quienes de seguro jamás hubiesen dudado en cumplir las órdenes de su máximo Jefe.

Los batallones de infantería fueron abaleados, lanceados y cañoneados, tal como era la estrategia de Boves al lanzar ofensivas envolventes. Literalmente desaparecieron los batallones Aragua, Barcelona y Cumaná, pero más grave aún, fue la pérdida del aguerrido coronel Freites, quien al saber la inevitable derrota se inmoló junto a sus hombres prefiriendo morir libre que vivir en la esclavitud.

El 15 de junio de 1814, desde La Victoria, envió una carta Bolívar al general Ribas quien se encontraba en Caracas, en la cual le describió la penosa situación presentada y despachando, a su vez, algunas órdenes.

A las dos de este día ha huido cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta, donde hemos encontrado hoy a las tropas de Boves, cuya infantería no pasa de 800 hombres, mitad de los fusileros, y la otra de lanzas con 1.000 y pico de caballos, y dos piezas de artillería. Nuestro ejército era fuerte de 1.200 fusileros, 700 caballos y 100 artilleros. Las posiciones que ocupábamos eran ventajosas para nuestra infantería. Se ha batido como acostumbra, divinamente, y deberá salir, íntegro a esta villa, porque no ha sufrido la menor pérdida. Sin embargo, el campo y nuestra artillería han quedado por el enemigo porque la fuga de nuestra caballería nos ha obligado a padecer esta pérdida.(...) Es necesario manifestar al público cómo esta pequeña desgracia ha puesto a la patria en un inminente peligro, si no levantamos 2.000 caballos en esta ciudad y sus alrededores, montados por la flor de la juventud de Caracas, que es la única que tiene opinión; que todos los ciudadanos deben dar no solamente sus caballos o mulas aperadas, sino también el dinero, armas y vestidos que tengan, y aun los sirvientes y esclavos siempre que sea necesario, o prepararse a recibir la afrenta, la esclavitud y la muerte del más abominable de todos los monstruos, cuya audacia y actividad debemos temer, si con la última celeridad no levantamos otro ejército, que pueda contenerlo. (...) Hará V. E. venir inmediatamente de La Guaira y el Tuy las patrullas y todos los fusiles, para defender la ciudad en caso de ser atacada. También hará construir todas las municiones que se puedan y lanzas. Yo pasaré a esa ciudad, quizá mañana a organizar la fuerza que debe salvar la república. (Chalbaud, E., 1983: 267-268.)

Boves no cejó en su empeño de destruir a Bolívar, le siguió los pasos y entró a La Victoria el mismo 15 de junio, cuando afortunadamente había partido rumbo a Caracas para tratar de organizar las tropas y defenderla si era necesario.

La sorpresa y el desaliento que aquella fatal derrota causó, y más que la sorpresa el terror que inspiraba el sólo nombre de Boves, no daba tiempo para pensar en medidas de ulterior defensa, y como en esos momentos de conflicto y sobresalto se aproximara la División de González, fuerte de 1.500 hombres, que se juzgó fuese la vanguardia del Gran Ejército de Caníbales, ya nadie trató sino de huir; y la fuga se emprendió por la población en masa, saliendo para La Guaira para embarcarse, como lo verificaron millares; huyendo otros a los campos para escapar de los primeros golpes de la irrupción de los bárbaros y siguiendo una inmensa

emigración hacia el Oriente, compuesta de lo más precioso y delicado de la juventud caraqueña de ambos sexos. En tan crítica circunstancias todos los esfuerzos juntos del genio de Bolívar fueron ineficaces para contener aquel torrente de disolución, y tuvo que seguir y correr los azares de la ingrata fortuna, pronunciada esta vez contra él y su patria. Dando, pues, un triste adiós al suelo natal, pero sin renunciar a la esperanza de volver a libertarlo, llevó consigo los míseros restos de valientes que le quedaron del combate de La Puerta, y lo acompañaron los Ribas, Montillas, Bermúdez, Valdez y otros jefes con la idea de poner todo el Oriente sobre las armas y aguardar allá a Boves, que debiera perseguirlos. A este importante fin, Mariño se adelantó a Cumaná con la velocidad de un rayo. (Blanco, J., 1960: 222-223)



28

Emigración a Oriente
Tito Salas

Mientras tanto, Bolívar envuelto en un manto de tristeza por volver a sentir la experiencia de abandonar de nuevo su Caracas nativa, virtualmente derrotado. Por otra parte, Boves sitiaba a Valencia. Por más de 20 días nuestros valerosos compatriotas encabezados por el brioso coronel Escalona resistieron estas infernales embestidas. El 10 de julio con sus debilitadas fuerzas y no logrando resistir más, rindió su plaza ante Boves, no sin antes tratar de acordar con el jefe realista una capitulación la cual dice lo siguiente:

El Señor Comandante General del Ejército español pactando solemnemente con los dos parlamentarios representantes de la plaza de esta ciudad, su guarnición y demás habitantes, ha convenido y declarado:

1°.- Que la expresión que corre en su contestación del día de hoy a la primera de las tres proposiciones que le ha hecho la Junta General de oficiales y notables de la ciudad, por medio del Señor Gobernador Militar, donde dice, que las cinco proposiciones con que debe entregarse esta plaza son concedidas en gracia especial de sus actuales habitantes, deben entender por ellos toda la guarnición, todos los oficiales y soldados, eclesiásticos y seculares, en cualquier parte que sean nacidos, siempre que estén dentro de la misma plaza.

2°.- Que concederá libre y franco pasaporte a todos los que lo pidan, dentro del término de 15 días a los que quieran embarcarse por Puerto Cabello, y del 19 a los que lo verifiquen por el de La Guaira, con arreglo a las distancias.

3°.- Que tratará a los enfermos y heridos de los hospitales de la misma manera que a los de su ejército.

4°.- Que desde luego se compromete a exigir de la autoridad suprema de España la expresa aprobación de esta capitulación, sin dejar entretanto de cumplirla en todas y cada una de sus partes.

5°.- Que entregado el mando de la provincia a otra persona, la recomendará muy especialmente al exacto cumplimiento de este trabajo, haciéndolo responsable de cualquier violación.

6°.- Que los oficiales de la guarnición saldrán de la formación de sus cuerpos con su espada; pero que no siendo la intención de S. S. dejar arma alguna fuera de su ejército, se elegirá una casa particular donde las depositen.

7°.- Que la tropa de la guarnición saldrá con su Comandante y toda la oficialidad, batiendo marcha, con culatas arriba, hasta el cuartel de los Corrales, donde la recibirá la tropa de S. S. haciéndose cargo de los fusiles.

8°.- Que dentro de la misma plaza deberán quedarse su Gobernador militar, el político, el Comandante de artillería, el Comisario, el cirujano y

médico de los hospitales con sus empleados.

9°.- Que los paisanos, mujeres y demás personas que no hayan estado destinadas a las armas, saldrán a la sabana del Morro, donde serán protegidos de cualesquiera insultos.

10°.- Que la entrega de la plaza con sus existencias y municiones de guerra, se hará mañana a las doce del día.

11°.- Que posesionado S. S. de la plaza, y arregladas sus disposiciones, se hará una señal con repique de campana, para que cada cual pueda venir tranquilo a su casa. (O'Leary, D. F., 1981: 464-465)

Firmaron esta capitulación los parlamentarios Miguel Peña y el Teniente coronel don Félix Uzcátegui, por el lado patriota y, por el lado realista, José Tomás Boves. Con todo el dolor del mundo los héroes de Valencia, ante la rendición, entregaron sus armas a la hora y lugar convenido con la única esperanza de volver a esgrimir por los caminos la tenaz espada de El Libertador.

El 13 de julio ordenó Boves a Morales salir hacia oriente en busca de Bolívar y Mariño. De igual manera, ordenó a Calzada dirigirse al occidente donde se encontraba Urdaneta todavía resistiendo. Mientras tanto, junto a Cagigal, marcharon hacia Caracas donde ocurrió un hecho insólito. Hemos visto cómo Boves dispuso de los mandos del ejército realista, a sabiendas que sobre él imperaba la autoridad de Cagigal, pues era el Capitán General de Venezuela, en sustitución de Monteverde. La disputa por el mando se hizo evidente, pues Boves se sublevó fraccionando la Capitanía General de Venezuela.

De Guacara regresa Cagigal a encerrarse en Puerto Cabello, conformándose en dar cuenta de lo ocurrido a la Metrópoli cuyo Gobierno da la razón a Boves y le otorga el grado de Coronel, lo que fue participado a Boves por el mismo Cajigal. El Gobierno de Madrid felicita a Boves por sus gloriosos triunfos.

Boves adopta el título de Comandante General de los Ejércitos del Rey y con el resto de estos avanza hacia Caracas en cuya ciudad hace su entrada triunfal el día 16 de julio. (Chalbaud, E., 1983: 279)

Los tres titánicos jefes patriotas, Bolívar, Mariño y Ribas con las pocas

fuerzas a su mando para defender la menguada República marcharon de nuevo en armas. Bolívar tomó el rumbo hacia Aragua de Barcelona y los otros a Cumaná. Aún así, Bolívar reunió una fuerza de 1.000 hombres, entre los sobrevivientes del trágico enfrentamiento y los enviados por el General Arismendi desde Margarita.

El Libertador contaba, como sus segundos, a los coroneles Bermúdez y Soublette. Su plan consistía en esperar a los realistas en las márgenes de un río que se hallaba frente al pueblo de Aragua de Barcelona. Siendo éste un paso obligado, las columnas patriotas podían emboscar y atacar las tropas de Morales.

Empero, sus altos oficiales subalternos no estaban convencidos de este plan y mantenían sus propias reservas.

Presentase Morales con sus ocho mil soldados el día 17 a la vista de Aragua de Barcelona, pero no ataca hasta el 18 a las 8 de la mañana. Toma Bolívar posesiones ventajosas, con el centro de sus tropas, bajo las órdenes de Soublette, defendiendo la entrada a la población en el punto en que el camino atraviesa el río para entrar a la población; el ala izquierda bajo el mando de Bermúdez; y el ala derecha, bajo las órdenes directas de Bolívar. El combate es encarnizado y dura hasta mediodía, infligiendo grandes pérdidas a los realistas. Desgraciadamente para la República, la moral del Ejército de Oriente estaba muy debilitada con tantos fracasos y la disciplina dejaba mucho que desear. En esta hora crítica del combate, cuando Bolívar con su plan había logrado detener a un contingente dos veces numéricamente superior al de los patriotas, surge a esta hora la insubordinación de Bermúdez que resuelve abandonar el sector que se le ha encomendado, llevándose a sus tropas al centro de la ciudad; queriendo, en aquellos momentos, poner en práctica su plan de atrincherarse dentro de la población. (Chalbaud, E., 1983: 282)

Bolívar, quien era desconocido para buena parte de las tropas combatientes del Oriente, las cuales obedecían ciegamente a Bermúdez, debió ceder. Al enterarse Morales que la izquierda republicana se retiraba, ordenó un empuje formidable contra el centro, el cual cedió ante tal presión, en tanto el ala derecha, comandada por Bolívar en persona, viéndose aislada fue obligada

a retirarse. Inmediatamente, pasaron libremente el río los demás realistas y estrecharon la ciudad; viéndose los patriotas obligados a luchar en las calles, fueron barridos por la artillería y por un nutrido fuego de fusilería, debieron declararse en retirada, y convencidos de los vanos esfuerzos para hacer más resistencia, se declararon derrotados en las primeras horas de la tarde.

Bolívar, que ya no actuaba sino como simple espectador logra salvar algunos elementos que se retiran hacia Barcelona; Bermúdez se obstina en combatir inútilmente hasta el caer de la tarde, en que toma la vía de Maturín acompañado de los comandantes Monagas, Cedeño y Zaraza. Obtuvo Morales la victoria pero a muy caro precio, pues allá quedaron, de los suyos, entre muertos y heridos, más de tres mil. (Chalbaud, E., 1983: 282)

Como al inicio de su larga jornada por fundar la República, nos encontramos con un Bolívar doblegado por la mala fortuna, desprestigiado ahora por los ejércitos de Oriente, quienes no valoraron sus proezas, sino al contrario, vieron con desprecio el infortunio de los últimos acontecimientos.

Agregado a tales reveses la Segunda República terminó para Bolívar con el bochornoso incidente donde se vio envuelto, junto a Mariño, en el caso del navegante Bianchi quien al saber la pérdida para los republicanos resolvió marcharse del país, llevándose consigo un cuantioso tesoro entre reliquias de oro y plata, pertenecientes a la iglesia, las cuales fueron donadas por unos sacerdotes comprometidos con la causa. Este tesoro iba a ser destinado para la compra de armas y municiones para proseguir con la lucha. Bolívar y Mariño al conocer de la situación se embarcaron de inmediato para ir tras el bandido lográndolo apresar. Bianchi devolvió todo el tesoro de la nación excepto una parte, la cual tomó como pago de unas deudas pendientes con él.

Los Libertadores se dispusieron a desembarcar en Pampatar, para dejar allí bajo custodia de los margariteños el tesoro muy provechoso en este momento crítico para la patria. Sin embargo, ocurrió algo inesperado, pues poco antes de

arribar al puerto, Manuel Piar, quien estaba a cargo de la isla, los recibió a cañonazos obligándolos a cambiar el rumbo hacia Carúpano. (Chalbaud, E., 1983: 283-284)

En el capítulo anterior se abordó brevemente estos acontecimientos, pero una pregunta nos queda en el aire: ¿qué movió a Ribas, junto con Piar, a tomar esta decisión?. Habiendo sido Bolívar una inspiración para Ribas, pues bajo sus órdenes le confió hasta su propia vida, conocía cada fibra de su humanidad y el amor demostrado por su Patria, más aún, siendo su propio pariente.

Ciertamente, Ribas despertó admiración en el ejército de Oriente, quienes desde luego aprobaron su decisión, más no era la ambición del prócer erigirse en único jefe. Probablemente, podamos catalogar este acontecimiento de ser más político que personal. Ribas, al despedir a Bolívar el 7 de septiembre de 1814, le entregó una carta, en sus propias manos, dirigida al Gobierno de la Nueva Granada donde asentó lo siguiente:

Habiendo sufrido nuestras armas tan crueles reveses que nos hicieron perder la capital de Caracas y casi toda su provincia obligándonos a retirarnos a esta de Cumaná, he deliberado de acuerdo con el general ciudadano Simón Bolívar que pase éste a ese Gobierno, no solamente para que procure e impetre de él los auxilios que V. E. juzgue bastante a restaurar lo perdido, sino también para que continúe sus servicios en esa Confederación, bien sea en la lucha contra Santa Marta, o dirigiéndose por Ocaña, como lo verificó en el año próximo pasado penetrando por Cúcuta hasta encontrarse con la división que tenemos por las provincias de Occidente al mando del general Urdaneta. Entretanto yo quedo organizando cuerpos, o aumentando la fuerza hasta donde sea posible para sostener lo que poseemos, y reconquistar lo que hemos perdido, si fuere posible. (Chalbaud, E., 1983: 285)

En tal contexto, Bolívar asumió toda la responsabilidad ante el Congreso de Tunja y ante los propios venezolanos y granadinos, en cuanto a no poder concretar, por los momentos, la empresa jurada a realizar y lo plasmó en un documento conocido como “Manifiesto de Carúpano”, el 7 de septiembre de 1814, del cual podemos seleccionar, extensamente, algunas ideas planteadas

por Bolívar:

Conciudadanos: ¡Infeliz del Magistrado que, autor de las calamidades o de los crímenes de su patria, se ve forzado a defenderse ante el tribunal del pueblo, de las acusaciones que sus conciudadanos dirigen contra su conducta! Pero es dichosísimo aquel que, corriendo por entre los escollos de la guerra, de la política y de las desgracias públicas, preserva su honor intacto, y se presenta inocente a exigir de sus propios compañeros de infortunio una recta decisión, pobre, sin culpabilidad.(...) La Victoria conducida por la justicia, fue siempre nuestra guía hasta las ruinas de la ilustre capital de Caracas, que arrancamos de manos de sus opresores. Los guerreros granadinos no marchitaron jamás sus laureles, mientras combatieron contra los dominadores de Venezuela; y los soldados caraqueños fueron coronados con igual fortuna contra los fieros españoles, que intentaron de nuevo subyugarnos. Si el destino inconstante hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue sólo en favor de los pueblos americanos, que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir a sus libertadores, y restituir el cetro a sus tiranos.(...)

No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas, que instigados por los furores de la discordia, os han sumergido en un piélago de calamidades cuyo aspecto sólo hace estremecer a la naturaleza, y que sería tan honroso como imposible pintarlos. Vuestros hermanos, y no los españoles, han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares, y os han condenado a la expatriación. (...) La destrucción de un gobierno, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; la subversión de principios establecidos; la imitación de costumbres; el trastorno de la opinión; y el establecimiento en fin de la libertad en un país de esclavos, es una obra tan imposible de ejecutar súbitamente, que está fuera del alcance de todo poder humano; por manera que, nuestra excusa de no haber obtenido lo que hemos deseado, es inherente a la causa que seguimos; porque así como la justicia justifica la audacia de haberla emprendido, la imposibilidad de su adquisición califica la insuficiencia de los medios. (...)

En vano esfuerzos inauditos han logrado innumerables victorias, compradas al precio caro de la sangre de vuestros heroicos soldados. Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada por el fanatismo religioso, y seducida por el incentivo de la anarquía devoradora.(...) De la decisión de esta importante cuestión ha dependido nuestra suerte: ella estaba en manos de nuestros compatriotas, que pervertidos han fallado contra nosotros: de resto, todo lo demás ha sido consiguiente a una determinación más deshonrosa que fatal, que debe ser más lamentable por su esencia que por sus resultados.

Es una estupidez maligna, atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados, no estando en la esfera de las facultades de ningún general ni magistrado, contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones, el torrente de las

pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste. Y aun cuando graves errores, o pasiones violentas en los jefes, causen frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben sin embargo apreciarse con equidad, y la fragilidad de nuestra especie, y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. (...)

Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario el profundo pesar de crearme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente, porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi inocencia me la persuade mi corazón, y este testimonio es para mí el más auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. He aquí la causa por qué he desdeñado responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me pueden hacer; reservo este acto de justicia que mi propia vindicta exige; para ejecutarlo ante un tribunal de sabios, que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión a Venezuela: del Supremo Congreso de Nueva Granada hablo, de este Augusto cuerpo, que me ha enviado con sus tropas a auxiliaros, como lo han hecho heroicamente hasta expirar todos en el campo del honor. Es justo y necesario que mi vida pública se examine con esmero y se juzgue con imparcialidad. Es justo y necesario que yo satisfaga a quienes haya ofendido, y que se me indemnice de los cargos erróneos a que no he sido acreedor. Este gran juicio debe ser pronunciado por el Soberano a quien he servido; yo os aseguro que será tan solemne cuanto sea posible, y que mis hechos serán comprobados por documentos irrefragables. Entonces sabréis si he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de Libertador.(...)

Esperad, compatriotas, al noble, al virtuoso pueblo granadino, que volverá ansioso a recoger nuevos trofeos, a prestaros nuevos auxilios, y a traeros de nuevo la libertad, si antes vuestro valor no los adquiriese. Sí, sí: vuestras virtudes solas son capaces de combatir con suceso contra esa multitud de frenéticos, que desconocen su propio interés y honor; pues jamás la libertad ha sido subyugada por la tiranía. No comparéis vuestras fuerzas físicas con las enemigas, porque no es comparado el espíritu con la materia, Vosotros sois hombres, ellos son bestias, vosotros sois libres, ellos son esclavos. Combatid, pues, y venceréis.

Dios concede la victoria a la constancia. (O'Leary, D. F., 1981: 467-470)

Podemos observar en el precitado Manifiesto, tan brillantemente redactado por El Libertador, todo un opúsculo de su personalidad y su inquebrantable moral. Pero, además, todo un testimonio de Bolívar en cuanto a su firme voluntad de no envainar su espada, ni dar descanso a su brazo hasta liberar a su

Patria y romper las cadenas de la dominación española.

Al exiliarse Bolívar de su amado suelo patrio, junto con Mariño, quedó como jefe supremo de los ejércitos patriotas José Félix Ribas, ahora seguido de Bermúdez, Cedeño, Piar, entre otros oficiales de menor jerarquía y entre sus manos la responsabilidad de tratar de apaciguar la agonía padecida por la casi extinta Segunda República, lamentablemente, sin obtener éxitos cuantiosos en los consecutivos combates suscitados. A diferencia de las tropas realistas, ahora mejor alimentadas y mejor dotadas.

No obstante, pesar de las dificultades, los patriotas aún le sobraban fuerzas para entablar nuevos combates. Uno de ellos, históricamente conocido como la *Batalla de Urica*, el 5 de diciembre de 1814, el cual se convirtió en el fin de la Segunda República.

Para esta batalla, los patriotas disponían de dos batallones de infantería, tres escuadrones de caballería y una batería de artillería. Mientras tanto, el ejército realista contaba con dos batallones de infantería y cuatro regimientos de caballería para un total de casi siete mil hombres. A simple vista podríamos deducir la situación ventajosa del enemigo. Pero la capacidad de combate y aptitudes del general José Félix Ribas jamás se intimidó por las diferencias numéricas entre los ejércitos. Esteban Chalbaud manifiesta que se organizó de la siguiente manera:

dando el mando de su ala derecha a Monagas y el ala izquierda a Zaraza, la infantería al mando de Castillo; y después de haber dado sus instrucciones a estos Jefes ejecuta valientemente su marcha de aproximación. Boves lo espera en una planicie cercana al pueblo, con su Infantería en idéntica formación a la de los patriotas, apoyadas sus alas por la Caballería. (...)

Sobre él cayo Zaraza, que fue el único en cumplir las instrucciones del Jefe Supremo y quien a nuestro juicio, es el héroe de la jornada. Con ímpetu y coraje que sobrecogió a los realistas, entre ellos Boves, atacó Zaraza, obligándoles a retroceder en el más completo desorden. El Escuadrón “Rompelíneas”, le hace honor a su nombre, obligando a desaparecer al “Tiznados” y con él al funesto caudillo que pereció víctima de un lanzazo

que le diera un oscuro soldado. Ya parecía indudable la victoria, pero el ala izquierda del ejército patriota, que como hemos dicho era comandada por Monagas, no cumplió su cometido, pues por falta de colaboración de sus subalternos en especial de Cedeño, que se encaprichó en la inacción, fue desbandado al principio de la acción. Cuando el heroísmo de Zaraza, que ha destruido el ala derecha del enemigo, quiso cargar, conforme a las instrucciones recibidas, por la espalda de la infantería realista, vio entonces que Monagas había sido rechazado sobre la caballería de Barreto, y que ambos cuerpos derrotados y presa del pánico en su fuga caían sobre la infantería patriota y la desorganizaban. Zaraza viéndose solo y cercado a retaguardia de Morales y sin ningún contacto con los suyos, increpa a su Escuadrón y les hace ver que no hay remedio que abrirse paso por la fuerza, lo cual logran pero con la pérdida de la mitad de su gente. El resto de la Caballería patriota estaba en fuga vergonzosa. (1983: 303-304)

Los patriotas trataron de resistir hasta el último momento, pero les fue imposible y con sable en mano debieron emprender la huída camino a Maturín. La indisciplina volvió a causar estragos en los republicanos, teniendo una pérdida de más de tres mil hombres entre muertos y heridos. Aunque como trofeo se obtuvo la vida del coronel José Tomás Boves, a quien en realidad podemos catalogar de ser el causante de acabar con el sueño de Bolívar durante este periodo. Muchos Jefes tanto realistas como republicanos copiaron su forma de hacer la guerra.

Algunos historiadores afirman que Morales encontró a Boves sangrando y moribundo y que lo acabó de matar y ocultó su muerte hasta después de la victoria, en que se alzó con el mando, quitando del camino aquellos oficiales que opinaron que debía reconocerse la autoridad suprema del Capitán General don Juan Manuel de Cajigal.

Los despojos mortales del férreo caudillo fueron depositados, con gran pompa, en la iglesia de Urica, en donde reposan aún. (Chalbaud, E., 1983: 306)

Luego de esta mortal embestida realista Ribas y Bermúdez, atrincherados en Maturín, resolvieron defenderla. El 10 de diciembre entró Morales con su ejército, con la mayor expedición invasora, después de Monteverde, compuesta de unos 15.000 hombres, tras una encarnecida lucha donde Ribas dio todo por

defender la patria, pero las cartas estaban echadas y la luz de las glorias pasadas se fueron extinguendo, y los realistas terminaron aplastándolos al día siguiente.



29

Pedro Zaraza.
Litografía de Thierry Frères.
Libros Raros Biblioteca Nacional,
Caracas.



Manuel Cedeño.
Litografía de Thierry Frères.
Libros Raros Biblioteca Nacional,
Caracas.

30

De esta manera culmina el periodo de la historia venezolana conocido como la Segunda República, nacida de las batallas y la sangre derramada por tantos hombres y mujeres comprometidos por un ideal y no por una constitución como la primera, donde también se demostró la capacidad que tiene el ser humano, cuando siente a su más tierno y sublime tesoro en peligro: ¡LA LIBERTAD!.



31

El Libertador Simón Bolívar
Obra de Martín Tovar y Tovar, 1883.
Capitolio de Caracas.

CONCLUSIÓN

El periodo de la historia venezolana comprendido desde agosto de 1813 hasta diciembre de 1814, sin duda, constituye uno de los episodios más significativos de la vida republicana venezolana.

Durante la etapa intermedia entre la primera y tercera república, conocida como la Segunda República fue donde observamos el ascenso de El Libertador, Simón Bolívar, pasando de ser un joven adinerado, perteneciente a la *mantuanidad* caraqueña, a un líder indiscutible en los campos de batallas y de la política nacional. Convirtiéndose estas nobles tierras venezolanas durante un tiempo de dieciséis meses en una verdadera universidad de la guerra y la política, donde Bolívar supo poner en práctica todo lo aprendido durante sus largos años de estudio y de viajes, pero además, viviendo en carne propia muchos acontecimientos cruciales para forjar su intelecto, su temple y, mas aún, sus sentimientos hacia el ser humano.

De tal periodo podríamos hacernos una interrogante: ¿Cuánto sirvió para la maduración del pensamiento militar, político y social de Simón Bolívar?. La respuesta, consideramos, debe ser una rotunda afirmación, pues la historia nos ha dado pruebas irrefutables de la certeza de su pensamiento y obra, comprobándolo en el transcurrir de las generaciones en su lucha por reorganización de la República y las cruentas batallas libradas durante todo este periodo enmarcado en la cruenta *Guerra a Muerte*.

Bolívar, con una formación militar netamente española, al iniciar su carrera en las Milicias de Blancos de los Valles de Aragua, demostró su disciplina, gallardía y valentía. Rompió, por otro lado, con los viejos paradigmas ortodoxos de hacer la guerra de defensa, poniendo en práctica la forma de hacer la guerra de guerrillas, la cual fue utilizada tanto por los jefes

patriotas, entre quienes destacan José Antonio Páez, como por realistas (verbigracia José Tomás Boves), reconocido, actualmente, por algunos historiadores, como el guerrillero más temido de Latinoamérica.

Bolívar encontró, desde un principio, una fuerte oposición a su pensamiento político y militar, desde sus acaloradas discusiones con Francisco de Miranda hasta las deliberaciones con el neogranadino Manuel Castillo quien, además, se convirtió en su enemigo político. El General en Jefe concibió como estrategia para enfrentarse con el enemigo lo siguiente: buscaba un terreno idóneo para dar la batalla, amplio para el combate y vías de escape. Para ello, era indispensable un riguroso conocimiento del terreno por parte de sus tropas y jefes, con el fin de golpear al enemigo repentinamente, preferiblemente por sorpresa, y dividía a sus hombres: mientras unos combatían, los otros se preparaban para romper la retirada del enemigo o, simplemente, perseguirlos hasta exterminarlos. De esta forma, se lograron los primeros triunfos en Nueva Granada y, a su paso por Venezuela, durante la Campaña Admirable.

Otro factor predominante para su éxito fue la calidad de soldados bajo su mando y liderazgo. Sin duda alguna, la mayoría de sus soldados demostraron una indeclinable determinación y valor, bajo las ordenes de El Libertador, entre quienes se podría resaltar Campo Elías, Rivas Dávila, Girardot, D'Elhuyar, Villapol, Ricaurte, entre otros, neogranadinos y venezolanos, ecuatorianos y bolivianos, uruguayos y argentinos, paraguayos y brasileños, mexicanos y panameños, quienes lucharon como hermanos unidos por la misma causa.

Observamos, por otro lado, a un Bolívar entendido en la situación tan crítica en la cual se encontraba la población venezolana luego de la caída de la Primera República, pues jamás se respetó la capitulación firmada entre Miranda

y Monteverde, porque los realistas masacraron hombres, mujeres y niños por el simple hecho de ligarlos con la causa patriota.

El nuevo proyecto planteado por Bolívar era el de darles la libertad definitiva y no una libertad basada en la ignominia. Pero para construir una República no ha sido labor fácil, menos aún llevar la Libertad a los pueblos oprimidos durante siglos. La independencia de Venezuela y, en especial, durante el periodo en estudio en este ensayo monográfico, costó el sacrificio de las valiosas vidas de muchos insignes compatriotas y vecinos, para atravesar las más adversas condiciones naturales desde los eternos ríos de los llanos apureños en época de lluvia, hasta los más empinados suelos y fríos paramos de la cordillera andina.

El sacrificio por poseer una patria involucraba a todos los ciudadanos, era necesario tratar de construir un Estado a pesar de todos los males heredados de la antigua administración española. Esto abarcó a los políticos, militares, hacendados y campesinos. El aparato económico debió seguir su marcha, pues así lo requería la guerra. Podríamos afirmar que la República nació de la lucha armada y no como la primera, sólo plasmada a través de las leyes.

Es conveniente señalar, además, que Bolívar abrió las fronteras a las potencias extranjeras, concibiendo la idea de mantener una sólida economía basada en la agricultura y el intercambio comercial con países enmarcados dentro del liberalismo capitalista, pensaba repartir las tierras de los terratenientes a los campesinos, pero aquí se enfrentaba contra la oligarquía criolla. Para El Libertador esto era estrictamente necesario si la meta era la verdadera libertad.

Bolívar entendió, por otra parte, que el Ejército debía ajustarse a los nuevos requerimientos de una guerra formalmente declarada, debía dejar de ser guerrillas para convertirse en ejército disciplinado. Para ello, estableció

reglamentos de grados, divisas, uniformes, e incluso, los pagos de los oficiales y de la tropa.

Este ser humano quien logró superar las desdichas en todas sus formas, perdiendo dos Repúblicas, viviendo los más terribles momentos en los cuales cualquier persona hubiera perdido la fe. Aún así, pudo mantenerse sosegado y siempre esperanzador. A Bolívar, es necesario evaluarlo como un hombre, un singular mortal y no un dios como tal vez muchos han preconizado. La unión entre los compatriotas, la cual tanto pregonó a su paso por todos los rincones de la patria, convirtiéndose en su pensamiento universal, no fue entendida durante éste periodo por su pueblo. Debió enfilar todos sus esfuerzos para decretar la Guerra a Muerte, para lograr cortar el cordón umbilical, aún mantenido con la metrópoli, y exaltar en su pueblo el espíritu del nacionalismo.

Los realistas, de alguna manera, supieron entender las débiles pasiones y obraron en ellas utilizando el puñal y la demagogia, lograron poner en contra de la República a elementos aún más débiles como los indígenas y esclavos quienes vieron como sus enemigos a aquellos patronos convertidos ahora en libertadores. Sin duda alguna, podemos deducir que sin la unión de todos los factores de la patria la empresa libertadora estaba designada a sufrir el fracaso constante.

Reconocemos entonces que la Segunda República, en la práctica, sufrió de los mismos males que la primera, pues no encontró El Libertador el apoyo de las masas populares. Fue cuando debió entender que mientras no incorporase a los indígenas, a los esclavos y a los mestizos, la causa revolucionaria emprendida jamás podría consolidarse, pues estas inmensas masas de gente temían más a los mantuanos que a los propios españoles como producto del servil sistema colonial impuesto en América por el imperialismo

español. En realidad, podríamos considerar a esta la verdadera causa de todas las tragedias por las cuales atravesaron los pueblos en lucha por su libertad.

Sin duda alguna, insistimos en considerar al periodo estudiado como el impulsor del desarrollo del pensamiento político, militar y social de Simón Bolívar y la generación de libertadores comprometidos con la causa de la independencia de Venezuela y los países sudamericanos, conocidos como *bolivarianos*, como también el elemento propulsor de la creación de una gran nación americana.

Es oportuno denotar la característica de esta investigación, basada casi en su totalidad, en fuentes primarias y secundarias sobre la vida ejemplar de Simón Bolívar y sobre el nacimiento de la República. Sin embargo, la información más valiosa para la reconstrucción de los hechos, proviene de la esclarecida pluma contenida en los manuscritos y Obras Completas publicada de las memorias del más fiel colaborador de Bolívar, como lo fue el General Daniel Florencio O'Leary.

Por otro lado, la escasez de documentación sobre el periodo estudiado, por lo menos, en los archivos de nuestro Estado Mérida, fue un factor de poco aporte para esta investigación. Con razón, Manuel Pérez Vila en su análisis sobre el título de Libertador, alentó a los historiadores merideños para emprender investigaciones serias sobre este tema. Por ello, consideramos importante la bibliografía especializada sobre el tema, como las publicadas por testigos y protagonistas de los acontecimientos como el caso de José Félix Blanco y José Austria.

Esta memoria de grado pretende ser sólo un modesto, pero significativo aporte, para futuros historiadores y público en general, interesados en conocer las glorias del pueblo venezolano y las obras heredadas de sus libertadores.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

- 1.- ALAS, Amelia (coord.) **Los grandes imperios y civilizaciones**. Madrid (España), Sarpe, 1985.
- 2.- AUTORES Y TEMAS MERIDEÑOS. **La Campaña Admirable**. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Merideños, N° 4, 1965.
- 3.- AUSTRIA, José. **Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela** (Tomo II) Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, N° 30, 1960.
- 4.- BLANCO, José Félix. **Bosquejo Histórico de la Revolución de Venezuela**. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, N° 28, 1960.
- 5.- BOLÍVAR, Simón. **Obras Completas**. Caracas: Lisama, Vol. I. s/f.
- 6.- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina. **Diccionario de Historia Militar** (Desde los Reinos medievales hasta nuestros días). Barcelona (España), Ariel Referencia, 2000.
- 7.- CASTILLO LARA, Lucas Guillermo. **Sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar 1830 – 1980**. Mérida (Venezuela): Imprenta oficial de Mérida, 1981.
- 8.- CASTILLO MÁCHEZ, Arturo. **Opúsculo Bolivariano**. Maturín: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1996.
- 9.- CHALBAUD CARDONA, Esteban. **Nuestra Segunda República**. Caracas: Congreso de la República /Gobernación de Mérida, 1983.
- 10.- COVA, J. A. **El Súper Hombre. Vida y Obra del Libertador**. Caracas: Distribuidora Escolar, S.A., s/f.
- 11.- FEBRES CORDERO, Tulio. **Obras Completas** (Tomo IV). Mérida (Venezuela), Banco Hipotecario del Occidente, 1991.
- 12.- GUEVARA, Arturo. **Historia Clínica del Libertador**. Caracas:

Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1948.

13.- LECUNA, Vicente. **Bolívar. Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar** (Tomo I) Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.

14.- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. **Bolívar**. Bogotá: Printer Latinoamericana Ltda., 2001.

15.- MAGALLANES, Manuel Vicente. **Luchas e Insurrecciones en la Venezuela Colonial**. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1982

16.- MÁRQUEZ CARRERO, Andrés. **Breviario Histórico de Mérida**. Mérida (Venezuela): Editorial Casa Blanca, 2002.

17.- MIJARES, Augusto. **El Libertador**. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1967.

18.- O'LEARY, Daniel Florencio. **Memorias del General O'Leary** (Tomo XIII). Caracas: Ministerio de la Defensa, 1981.

19.- PICON SALAS, Mariano. **Miranda**. Caracas: Ministerio de Educación, Colección Vigilia, 1966.

20.- PRIETO FIGUEROA, Luis B. **El Magisterio Americano de Bolívar**. Caracas: Arte, 1968.

21.- ROJAS, Reinaldo. **La rebelión del negro Miguel y otros estudios de Africanía**. Barquisimeto: Tipografía y Litografía Horizonte, C.A., 2004.

22.- ROMERO MARTÍNEZ, Vinicio. **Aventuras de José Antonio Páez**. Caracas: Bloque Dearmas Colección Libros y Revistas Bohemia. N° 67 s/f.

23.- SALCEDO BASTARDO, J. L. **Visión y Revisión de Bolívar**. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, N° 75, 1960.

24.- SUAREZ, Santiago-Gerardo. **Marina, Milicias y Ejército en la Colonia**. Caracas: Tipografía Caja de Trabajo Penitenciario, 1971.

25.- VELÁSQUEZ, Ramón J. (coord.) **Los Libertadores de Venezuela.**
Caracas: Talleres de Olivenca, 1983.

FUENTE DOCUMENTAL

Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero. **Hojas Sueltas**, *manuscrito T.F.C.*
caja 42, hoja 422.